





exteriores que en la quincena última se sucedieron.

En el extremo Oriente, mientras los franceses ocupan sin resistencia á Hong-hon, que los sinófilos se complacían en considerar como el último baluarte de las tropas enviadas al Tonkin por el Celeste Imperio, hay en Pekin un brusco cuanto confuso cambio de gobierno, sin que hasta ahora se haya podido averiguar si ha salido triunfante la tendencia pacífica ó la de guerrera.

No han tenido tampoco solución clara y definitiva los gravísimos problemas planteados en los países que el Nilo baña: mientras en las fuentes de éste la insurrección se extiende y consolida su poder sin que ni los esfuerzos diplomáticos del general Gordon ni las victorias del general Graham aceleren el desenlace, suscitase en el Cairo una crisis ministerial en que salen á la luz del día el disgusto producido en el partido egipcio y en Nubar Baja por los manejos de los ingleses y del delegado de S. M. B., sir Evelin Baring. La solución mixta que la crisis ha tenido hace creer que es sólo un compás de espera y que el Gabinete inglés espera sólo la solución que la latente crisis que sufre exige, para decidirse resueltamente á la acción.

CÁRLOS MALAGARRIGA  
Redactor de *El Progreso*.

## LA VERDAD OS HARÁ LIBRES

(Conversaciones en Roma)

### I

Pasó la semana de pascua de aquel año, toda vez que en los años anteriores había visitado repetidas veces los lugares y monumentos principales de la gran ciudad *Alma-mater*, visitando varios otros puntos y mil otras curiosidades, que por no ser las más renombradas interesan poco á los viajeros que sólo buscan en todo, el placer fácil de pasear. *Gens occupata in ocio*.

Era entonces mi cicerone un sábio benedictino, hombre de fé, corazón nunca dormido, inteligencia superior, que tenía su alojamiento en un antiguo palacio, propiedad de sus ricos antepasados, pero convertida en fonda desde las revueltas del 48. Para pagar enormes deudas contraídas por la familia en días prósperos, un pariente de mi amigo había vendido el monumento histórico, á un industrial acaudalado, á la vez que gran apreciador de las maravillas de arte. Por no ser este industrial adocenado, cerró el contrato, reconociendo la condición precisa que le imponía el vendedor de que el P. Bonifacio Condulmere, que así se llamaba mi sábio benedictino, siguiese siendo único propietario de tres habitaciones del palacio, las mejores del último piso y que se designaban con toda claridad en el pliego; para que este sacerdote, anciano achacoso, único resto de los poderosos príncipes Condulmere, que le quedaba á la urbs sagrada, pues el pariente vendedor, se había propuesto morir aventurero, dando la vuelta al mundo; se albergase cómodamente en un rincón de su antigua morada señorial hasta que abandonase esta vida.

Al P. Condulmere se le reconocía, amén de lo dicho, el derecho de llevar á vivir en su compañía á los huéspedes y amigos que quisiese, sin que nadie inquietara á éstos de ninguna manera ni por ningún pretexto. El buen sacerdote alojaba efectivamente, por temporadas, á personas que iban á estudiar la Roma tres veces histórica; pero muy preferentemente á extranjeros, á expatriados menesterosos, hasta que pudiesen conseguir acomodo en alguna parte. Ninguno de estos favorecidos por su Paternidad dejó de merecer el cariño con que él los distinguió; ni él por su parte tuvo queja de ninguno.

Empleamos las tardes de tres meses en paseos instructivos por los cuatro ángulos de la santa metrópoli. El medio día del lunes que siguió á la dominica de la Resurrección, lo empleamos en registrar el célebre sepulcro denominado prisión Mamertina, que otros llaman también mazmorra Zuliana, obra de Anco Marcio, el tercero de los reyes de Roma, compuesta de numerosos subterráneos no ménos aterradores y fantásticos en su lobreguez que los profundos círculos dantescos. Allí se arrojaban, en tiempo de la monarquía á los criminales empedernidos, para que muriesen de hambre, lejos de Roma. Pero en épocas posteriores servían más bien de alojamiento á los desgraciados príncipes extranjeros, á quienes había que preparar y sebar para el mayor decoro del cortejo triunfal á la entrada solemne de los ejércitos romanos.

Allí murió en efecto Yugurta, devorando sus propias carnes, loco de rabia ó de vergüenza. Allí se suicidaron los cómplices de Catilina, volteando sus lenguas y tragándose las para morir asfixiados. Allí se le antoja á otro escritor francés que murió el generoso Vercingetorix, no queriendo beber más que sus lágrimas, echando de ménos los manantiales de sus Galias montañosas. Allí los apóstoles Pedro y Pablo dieron el pan eucarístico, á millares de gentiles convertidos en cristianos por su predicación entre las duras cadenas.

Acabábamos de recorrer aquella tan lúgubre galería de recuerdos y descansábamos en la prisión primera convertida en oratorio. Mientras yo estudiaba algunos bajo-relieves representando episodios del libro de las Actas, el P. Condulmere ocupaba rendido un sitial toscamente labrado, que estaba con otros á la derecha del altar, para los celebrantes.

Quedé suspenso; pero sin volver el rostro á otro lado, aparentando que seguía absorto en mi estudio, al oír al P. Condulmere que suspiraba hondamente y hablaba de este modo:

— ¡Ay, dichosa infancia! ¡Infancia de toda ciencia, y de toda vida y de todas las cosas grandes! Edad vitalísima; antes que á la luz del sol, despierta amorosamente á los resplandores de la luna, á los prestigios de los sueños despiertos, de los cuentos exagerados, de las leyendas lastimosas. Aquella humanidad se abrevaba de ciencias inocentes que no ponían en peligro la antigua fé, ni contrariaban las tradiciones adorables. Entonces si que había libertad de espíritu. Entonces nos era dado creer hasta en las sirenas rientes y en Nióbidas siempre deshechas en lágrimas, y muchos llegaron á oír los cánticos de las primeras, y á ver con ojos asombrados los círculos que las hadas nocturnas habían trazado sobre los tapices de yerba en rondas arrebatadas. Y todo cuerpo inmóvil guardaba en sus entrañas un espíritu. La Naturaleza no era tan espesa y maciza. Dentro del tronco de las encinas palpitaban efigies de santos y de vírgenes. Todas las piedras tenían *intrínsecas aures*, como ha asegurado un célebre cardenal filósofo. Ni era preciso, ni nadie temía tal cosa, que la primitiva fé perdiese algo de su sentido adivinatorio, al aceptar la conversacion y el contacto con una sabiduría definida. Aunque nunca fué verdad probada que los griegos hubiesen cruzado los mares, llevando en sus naves veleras á reyes semidioses seguidos de coaligadas falanjes para poner cerco á la soberbia Ilion; el cuento deleitoso de Troya no deja por eso de ser interesante, y acaso más digno de ser creído que los áridos y fríos relatos de la Historia. Es infinitamente mayor el número de verdades que esconde una hermosa mentira, ya cante como las sirenas, ya haga llorar llorando como las Nióbidas, que el de las verdades manifiestas en el papyrus de los que fundaron la Historia, ó en el pergamino de las antiguas noblezas, ó en las pirámides y obeliscos que cayeron al fin desmoronados bajo la pesadumbre de sus propios geroglíficos ó sentencias. Hay, por otra parte, verdades infinitas fuera del alcance científico, aunque reconozco que es pujante y que puede viajar y subir hasta la última y más profunda de las estrellas, y sabe cómo posar un pié en el más imperceptible átomo de polvo, si esto le urge para tocar con la frente una nueva altura superior á las conocidas. ¿Pero del más allá ó más arriba que nos está llamando á gritos, qué conoce, qué puede la humana sabiduría noticiarnos? Su principal escala estriba en la Tierra, es verdad; pero esto sirve de poco si su extremo superior no se apoya en una mano de gigante, al ménos, visible y luminosa. Y luego que nuestro corazón no necesita puentes, desprecia el subir por escalones y gradas, tiene por perezosa toda nave, ya se ponga las alas del viento, ya se procure entrañas de fuego. Vive y goza cerniéndose en la vaguedad ondulante del éter, buscando como Dios su mundo, atravesando el seno de la nada, subiendo á su centro, por sólo su querer.....

*Quali colombe dal disio chiamate,  
Con l'ali aperte e ferme, al dolce nido  
Volan, per l'aer dal voler portate.....*

..... Asimismo es que vuelan y volarán siempre nuestros corazones, tanto en las atmósferas de luz, como en lo más espeso de un *mare tenebrarum*!.....

No dije más. Cesó de hablar; pero no de suspirar. Me mantuve quieto un momento más esperando que continuara su melancólico soliloquio; pero al convencerme de que su pensamiento se había exhalado ya en toda su tristeza, me dirigí al amigo con paso acelerado y tendiéndole los brazos. Nuestros corazones se confundieron en una efusión de amor cristiano. Después de algunas preguntas de mi solicitud afectuosa, á que contestó él con no ménos afectos tranquilizándome, acerqué un cojin borleado y me senté á los piés del

benedictino. Más bien que por sentarme, por el gusto de apoyar mis brazos en sus rodillas, y la frente en el pecho del santo varón, adopté aquella postura.

### II

Ya hacia tiempo que habíamos empezado un diálogo sobre las consideraciones á que su monólogo se prestaba, cuando seguimos diciendo esto que más fijo quedó en mi memoria, y me propongo apuntar aquí con la posible fidelidad. No me permitiré ni la más ligera corrección, si este cuidado puede contrariar la libre fidelidad del recuerdo.

— ¿Está Vd. mal impresionado, mi amigo del alma, con lo que pasa actualmente en Roma? Quiero referirme sólo á los fieles, á los que siguen concurrendo á las iglesias, sin abandonar una sola de las prácticas religiosas. ¿Las solemnidades y ejercicios de esta Cuaresma, no acreditan, no aseguran que Roma es todavía y será siempre la Jerusalem de la fé cristiana?

— En cuanto á eso, nada temo, hijo mío, me respondió. ¡Qué fervor en los eclesiásticos! ¡Qué ejemplos de edificación entre las muchedumbres prosternadas! Y, sobre todo, ¡qué señales tan evidentes de la intervencion divina en las enseñanzas que los nuevos predicadores han derramado como manantiales de nueva vida, desde la cátedra del Espíritu Santo!

— ¡Luego esas lumbreras de la cátedra sagrada, han ejercido gran influencia en las familias romanas?

— ¡Sí! ¡Nunca he visto católicos más interesados en perpetuar sus creencias divinas y legar los nombres de las diversas órdenes religiosas á que pertenecen, á la posteridad eclesiástica, y asegurar que permanecen firmes bajo la bandera del crucificado! Han formado un nuevo grupo de la creencia antigua renovada, casi un nuevo partido

— ¡Ay!

— ¿Qué te importa? Un partido más, un grupo de almas valientes que, en el colmo de su fidelidad, repiten las palabras de sus predicadores y adoptan hasta sus aptitudes para orar. Esta influencia, esta gracia, este privilegio es el que con más perseverancia debe solicitar la iglesia para los que adoctrinan á los pueblos en sus templos.

— Yo envidio á otros predicadores. La orden de San Benito dió sábios de esta clase en mayor número que algunas otras. En sus monasterios inolvidables se formaron evangelistas que influyen de un modo más alto en las muchedumbres. Estos se preocupaban con preferencia de *activar*, ¿me entiende Vd. padre mío? de activar la fé de los demás y empujar las conciencias y arrastrar las inteligencias al cumplimiento de obras casi sobrehumanas por lo caritativas. Estos predicadores no exigían que todos pensasen como ellos, sino que todos pensasen; sencillamente esto, que todos *pensasen*. Estos no pedían que sus oyentes aceptaran tal ó cual sistema de conducta, sino que cada cual se procurara una conciencia.

Ellos no querían imponer sus propias miras con respeto á Dios, sino despertar lo que por Dios existe ya en todo espíritu, la fé viva en el Supremo Bien y la constante aspiración á lo mejor. Semejantes hombres del sanitarario se negaban á propagar opiniones, para sólo dedicarse á difundir entusiasmos de vida en corazones sinceros.

— Reconozco, — dijo Condulmere, más cogitando que antes, — reconozco que esa tarea es la obra divina por excelencia. No obstante, hijo mío, reconoce tú que no es ese el parecer hoy de la mayoría de los hombres. Reina una pereza de conciencia que raya en dolencia mortal. Los cristianos, al parecer más fieles, necesitan ser dirigidos, atraídos, empujados, convidados con mimos, como los niños que se deciden á andar cuando la nodriza los llama enseñándoles confites. Muchísimos no preguntan más que esto:

«¿Qué debo pensar, qué debo creer, qué debo sentir? ¿Cómo debo amar y á quién debo aborrecer, para probar que amo como debo? Predicadores, hacedme la penitencia fácil, dadme la vida religiosa hacedera; ahórrenme ustedes el trabajo de reflexionar, de buscar por mi sólo lo difícil de encontrar en medio del mundo en que me es forzoso vivir...»

¡Buena! — exclamé cortándole la palabra. A esos se les podría contentar. ¿Pero cuáles son los autores respetables y los libros fehacientes que hacen adquirir á la inteligencia más rebelde y perezosa las nociones más altas de la vida, aquellas que todo hombre al aprenderlas encuentra sorprendido que eran las suyas hacia tiempo, á pesar de que lo ignoraba? Pues no son otros que los autores y los intérpretes que obligan á pensar, espolean la voluntad, que flagelan la pereza, que piden una conciencia al lector, un despertar á las almas. Son



aquellos monumentos escritos que hacen sentir lo infinito y lo inconmensurable alrededor de nuestra pequeñez, y que nos envían, como hizo Heli con Amiel, á buscar á Dios á solas y á oírle en el silencio de la soledad.

—Te comprendo. Tu prefieres el don de enseñar á vivir, y no el arte de regimenter corazones.

—Exactamente. De otro modo yo no comprendería el magisterio de Jesucristo, cuando me dice:—Busca la verdad, por que solamente la verdad puede hacerte libre.

—¿Vamos, tu lo que quieres sin duda es buscar en la religion una política. No?

—No sé por qué me pregunta V. eso.

—Por que no has podido seguir hablando de nuestra religion sin sacar á plaza la gran palabra, la fatal palabra de nuestros dias, ¡libertad!

—Pero yo creo que la libertad es más que nada cuestion religiosa. Las religiones no tienen fin más preferente que el de emancipar las almas. Y en el dia *religion y libertad* son sinónimos, es la pasion *dominante* de los pueblos por una fé, y una independencia de que carecen. Hasta la crítica de esta pasion, contra los pueblos que la desvirtúan, demuestran que las adversidades de la religion son las mismas que las derrotas de la libertad. ¡De la una y de la otra se puede asegurar lo mismo:—Libertad. Religion!...

*¡Rien de plus comun que le nom  
Rien de plus rare que la chose!*

—Entendámonos, ahora. ¿Qué vino á traer Jesucristo á la tierra? ¿Religion ó libertad?

—Ningun hombre superior, padre mio, ningun sábio, ningun génio, ningun Dios, ha venido á la tierra sin que la primera y la última palabra de su doctrina, fuesen una promesa de libertad. Hasta los engañadores y los malvados, para escalar el poder y tiranizar á los pueblos, comienzan invariablemente su carrera con una promesa, un programa y un juramento de libertad. No; la necesidad de libertad no era nueva en los dias de Jesucristo. Esta necesidad nació con el hombre; es la calentura que le hace leon. Los hombres que más nos han entusiasmado en las aulas y que nos encendieron en el deseo de aprender, han sido los nombres sagrados de los libertadores de pueblos, y los no menos benditos de los defensores de la libertad. Y no es esto mera alusion á la historia de los griegos y de sus guerras. Además de esta educacion clásica, la educacion religiosa nos la daba la iglesia con la historia de sus orígenes. ¿Qué hemos visto en éste su libro predilecto? Un Josué libertador, unos Jueces que se oponen á las instituciones monárquicas, un Judas Macabeo que se rebela contra César y los conquistadores. Si la necesidad de ser libres, no era nueva en ningun pueblo, la promesa de satisfacerla tampoco fué nueva nunca. Los empiricos de todas las épocas, los demagogos de todas las sociedades, los utopistas de todas las escuelas filosóficas, y muchísimos filósofos que no eran utopistas, y muchísimos políticos que no eran demagogos, y muchísimos sábios ó magos que no eran empiricos, vivieron prometiéndole la libertad en virtud de sus enseñanzas y adivinaciones. Por este lado se demuestra, de una manera la más irrefutable, si no la divinidad de Jesucristo, lo divinisimo de su mision. ¿Podia ser él en este concepto ménos sábio, ménos humano, ménos divino que sus antecesores en la vida progresiva de rehabilitacion? Jesus veia como nadie, alrededor suyo, todas las formas de la odiosa servidumbre; al hombre esclavo de sus hermanos; á sus compatriotas esclavos de los procónsules de Roma, oprimidos de un modo abominable, tanto por los déspotas de la Judea, como por los soldados del imperio; y al pueblo acobardado, temblando bajo la casta sacerdotal; y, por último, reparó, como no podia ménos, que aquellos que civil y política y eclesiásticamente parecian hombres libres por privilegio, no eran en realidad sino esclavos tambien, aherrajados bajo la peor y más incorregible de las esclavitudes, la de sus propias pasiones y la de los vicios inherentes á las soberanías usurpadas y á las hipocresías religiosas.

—Comprendo, comprendo que Nuestro Señor, con la conciencia de su propia divinidad y la consideracion de las intenciones de su Padre, debia, si bien ajeno á las excitaciones malsanas y á las impaciencias de los otros libertadores que dices, puramente humanos, debia prometer algo sobre la gran necesidad de todos los tiempos. Yo no me niego á oírle decir con su calma imperturbable:—*«Al fin, sereis libres!»*—Porque en efecto, él lo dijo.

—Hizo más, él dió la libertad á muchos, como su Padre dió el amor, hasta la muerte. El dió mayor fuego á los deseos de libertad, y...

—Y dió lo que valia más que todo eso, la manera de merecer esa libertad suspirada!—exclamó Condulmere mandando al cielo el beso de una sonrisa.

—¡Claro es! dije yo con aquel gusto inefable que electrizaba la conversacion de los tres amigos que dieron inagotable materia al inmortal libro de Fray Luis de Leon.—Los NOMBRES DE CRISTO.—Cristo de otra suerte hubiera podido dar la libertad á una nacion solamente, pero no á la humanidad de todos los siglos, como entraba en su plan incomparable. La libertad para él entonces hubiera consistido únicamente en emanciparse del yugo del extranjero. Para esto le hubiera bastado haber venido como conquistador. Pudo venir tambien como nuevo legislador á la manera de Moisés, pero este medio á favor de la libertad no ha triunfado en la tierra más de una vez, y por un esfuerzo único. Estos y otros sistemas han dado la verdad, pero momentáneamente y nunca de un modo estable. Urgia, pues, enseñar á los pueblos á ser dignos de ella, y á los esclavos á cultivarla una vez adquirida. El decreto de un príncipe noble basta hoy á hacer libre á toda una raza, pero se necesitan siglos de sacrificios y de disciplina paciente para conseguir que esa raza merezca la libertad que ya posee. Dar una constitucion liberal, ahora, á una horda de salvajes, de las que pueblan y despueblan el Africa, dársela á cualquier nacion decrepita y envilecida del Oriente, sin dedicarse algun poder ó magisterio, á obligarla á ser libre, seria condenarlos á caer dentro de un cuarto de siglo en la esclavitud más bárbara, peor que las primitivas.

—Muy bien; pero todo eso quiere decir que Jesucristo ha dado la libertad á algunos pueblos lentamente, civilizándolos de antemano.

—No creo eso, porque Jesucristo no ha hablado ni de progresos políticos, ni de evoluciones de razas, ni del desarrollo de una civilizacion. El no confió el porvenir de ninguna libertad á la solucion de los problemas sociales. El empezó por emancipar al hombre, por emancipar su espíritu y sus ideas, de modo que las libertades exteriores fuesen, no causas, sino derivaciones ineludibles de la libertad del pensamiento.

—Casi vienes á decir lo mismo que yo. Jesucristo, en mi creencia, lo que hizo como hombre, fué acelerar la obra de la civilizacion.

—Pudo hacerlo, pero su designio fué por otro rumbo en mi concepto. La civilizacion emancipa, es verdad, la educacion es el supremo nivelador que suprime las divisiones entre tiranos y siervos. Pero es que cada progreso de una civilizacion, aun de la cristiana, al mismo tiempo que una victoria sobre tal ó cual instinto bajo y servil de los pueblos, trae en sí mismo los elementos múltiples de una nueva servidumbre. El hombre ha domado estas ó aquellas fuerzas de la naturaleza, pero tarda poco en hacerse esclavo de la mismas. La total emancipacion de una raza africana, se refarda justamente por eso en España, por el temor de que esto que seria un progreso para la raza blanca emancipadora, podia asimismo convertirse en exacerbacion de servidumbres contra una y otra raza.—La máquina es una adiccion de vida, de piés andadores, de alas que suprimen tiempos y espacios; pero lo cierto es que la mayor parte de los obreros viven y mueren encadenados á una máquina. A ella deben su salario, su vida su honor, la vida y el honor de sus familias. Y el rico que, á causa de las máquinas y sus esclavos adicionales, consigue en poco tiempo levantarse un palacio y enriquecerlo con cuanto necesitan el lujo y la comodidad y la higiene; acaba por no saber vivir sin estas conveniencias; y el dia que les faltan á causa de la maquinaria del destino, tiene que sucumbir irremisiblemente. La sociedad que alcanza el grado de civilizacion más alto, saboreará, sí, los refinamientos de la vida desahogada, pero no sin sentir aterrada á la vez dentro de su propio seno, palpitar y hervir los elementos de todas las servidumbres antiguas y modernas en mezclas tambien á su modo refinadas. La moda ha embellecido muchas clases para igualarlas como puede, á las clases superiores, pero unas y otras son esclavas de la moda en competencia ridícula, y esclavas de los hábitos, de los modales, de las convenciones del lenguaje corriente, de las frases hechas, de la etiqueta, de las urbanidades caprichosas. Y toda moda es ya *cursi*. Las cosas, los inventos, la baratura, las facilidades que debian hacer ménos penosa la vida del hombre, hánse convertido por el contrario en sus tiranos más implacables. Los excesos de vida que facilita el progreso, han acrecentado la necesidad de morir que sólo el suicidio satisface. No, mientras más lo considero, más me convengo de que el objetivo del libertador Jesús, no ha sido el progreso político que hoy nos envanece, ni el mismo desenvolvimiento febril de la civilizacion que nos honra, á pesar de sus muchas inconsecuencias.

—¿Pues qué ha querido enseñarnos, en resumen, nuestro divino maestro?

—¡El amor á la verdad!

—¿Qué verdad?

—La verdad que nos procure mayor suma de libertades.

### III

El bondadoso Condulmere, despues de pedirme por señas, que le permitiera concentrar su pensamiento en lo que acabábamos de discurrir, apoyó la frente en la mano y caviló en silencio por algunos minutos.

El sol de Roma seguia espléndido, enviando resplandores de pascua hasta los rincones de la capilla medio subterránea.

—¿De qué punto del Evangelio, preguntame despues mi amigo, partes tú, para seguir la serie de deducciones á que quieres referirte?

—De aquél en que preguntando una devota el Jesucristo, en donde queria Dios ser buscado, si en las alturas de Garizim ó en Morijah, recibió esta negacion por respuesta:—«Ni en un monte, ni en otro, sino en la alteza del espíritu, en la cumbre luminosa de la verdad.»

—Con eso afirmó la necesidad de creer en Dios.

—Efectivamente, porque suprimida esta creencia primordial, el Universo se oscurece, nuestras resoluciones carecen de estímulo, nuestros deberes de sancion, nuestras aspiraciones de objetivo soberano. Pero al fundar la adoracion en espíritu Jesucristo, desgarró el tejido y las telas de arañas que las antiguas supersticiones habian colgado en varios ángulos de la catedral del Universo. Las supersticiones no son más que ideas erróneas sobre la manera de llegar á nuestro fin adorable. Consideremos ahora lo que Jesucristo nos ha enseñado sobre el misterio que llamamos el hombre. Recordemos para esto las últimas exposiciones á donde los pueblos todos de la tierra han enviado multiplicados testimonios de los triunfos que en cada uno de ellos han ganado la industria, la ciencia, el arte, y en fin, la inteligencia y la voluntad humanas.

Todo nos obliga allí á admirar al hombre con profundo respeto. Sí; pero si tenemos en cuenta el carácter de las masas que llegaron á tal grado de civilizacion, si pensamos en el objeto mezquino de sus ambiciones, en tanta y tanta vida prodigada miserablemente, en tantos instintos rastrores que arrastran al hombre al nivel del bruto, puesto que deseoso de gozar como estos se supone que gozan, ha sido que se han ideado artificios que exalten la vida material; entonces lo que se apodera del alma que medita, es un sentimiento nuevo de desolacion y de esperanza. ¡Allí donde en el primer momento de sorpresa, parecemos tan grandes, resultamos en realidad tan pequeños! ¿Por qué? Porque no hay uno sólo entre los mortales que no tenga aspiraciones mil veces más santas y elevadas, que cuantas grandezas realiza el progreso. Y por otra parte, porque tampoco hay hombre que en su hora de mayor entusiasmo por ser hombre, no quisiera confesar á sus hermanos los pensamientos viles y oprobiosos que han atravesado su mundo interior. Cristo ha dado la llave de este enigma, al decirnos que éramos grandes, no tanto, porque procurábamos subir como por seguir con este deseo despues de grandes caídas. —«¿Porque sois una ruina, es que os respeto!»—Esto lo dió á entender, prodigando sus favores á los tipos de la miseria y de las ruinas humanas, á los inertes y paralíticos especialmente.

—¿Y en eso ves tú acaso un germen de libertad?

—El primer germen, sí. Porque no son las cadenas las que hacen al esclavo, sino la falta de respeto con que se le mira, y el poco respeto que él á sí mismo se tiene. Ser considerado como una criatura degradada hasta sentir uno propio que lo es real y verdaderamente, soportar el látigo del amo hasta el extremo de creer la misma víctima que lo tiene merecido, vivir de bajezas llamando *madre mia única*, al fango en que se ha nacido, hé aqui el secreto de la esclavitud. La libertad empieza por inspirar al hombre la estimacion de sí mismo, el reconocimiento de su alteza, y con esto, la desconfianza de sus mejores propósitos, y el recuerdo de la facilidad con que suele sucumbir cuando es habilidosamente tentado. Sentirse aliado de un Dios, rescatado por un Cristo y enamorado por un Espíritu Paráclito, es empezar á ser libre, es prepararse á la conquista del más alto destino.

—Otro germen de libertad nos trajo Cristo, superior al que dices. El nos habló principalmente de inmortalidad.

—Es cierto, padre mio; pero en conversacion con personas como Vd., esto se da por muy sabido. Sé, pues, como Vd. sabe, que toda ciencia que limite la vida humana á la atmósfera de nuestro globo, no conseguirá más que encadenar las almas y paralizar la vida de los pueblos. La fé en lo inmortal, por el contrario, es lo único que comunica al hombre la libertad de la luz y el anhelo por llevar la luz á todas partes. La idea de la inmortalidad ha sido la destructora de los instintos



egoístas y lo que nos revela que aspiramos á vivir más bien que á gozar. No, padre mio, no vuelva usted á echar de ménos los tiempos en que una mentira lisongera nos era más consoladora que una verdad en su aridez. No, porque Cristo ha dicho que solamente la verdad nos hará libres.

—¿Procurándonos libertades políticas?

—Sí; aunque el ideal de Cristo pienso que en la política interviene poco, acaso nada. Permítame Vd., sin embargo, asegurarle que la influencia indirecta del ideal que adoro, no por ser indirecta deja sentirse ménos hasta en las combinaciones diplomáticas. La doctrina de Cristo no ha prometido la libertad política; pero, al contrario de los prohombres puramente humanos, ha dado á un aquel que no había prometido. ¿Qué conquistador, qué patriota, qué político, qué reformador ni qué estadista han hecho siquiera la mitad de la obra de Cristo en comprobación de las promesas, peculiares á cada uno de ellos?

—Has probado que no será por medio de ingeniosas teorías ni formulando nuevas constituciones que se conseguirán las libertades públicas. Para todo es indispensable una serie de verdades estimadas como incontrovertibles.

—Hay otra libertad que se deriva de la verdad innegable, la independencia del pensamiento. Si la esclavitud consiste en retener, paralizar y estrechar los límites de una vida de hombre, es evidente que la más infamante de las esclavitudes es aquella que tiende á paralizar y anular las facultades más altas, más nobles y libres de la personalidad humana. Así, es más protervo que el tirano que sujeta con grillos los pies de sus esclavos, aquel que se atreve á poner freno y mordaza á la inteligencia, y sienta como aforismo que los hombres que componen una patria deben todos pensar, creer, sentir y vivir de una misma invariable manera; por lo mismo que en un pasado remoto sus ascendientes pensaron, creyeron, sintieron, vivieron y murieron de la manera propuesta. Este despotismo fué el que enfermó á los pueblos; por él, ¿qué importan las más saludables innovaciones de la ciencia? Nos maneja á todos, por regla general, una tendencia á inquietarnos, no de la verdad que tal doctrina ó tal teorema novísimo contenga, sino de lo que sea aceptado como verdad y defendido con calor por la inmensa mayoría. La pregunta principal, tratándose de un examen de esta clase, es:—¿Se halla autorizado lo que se nos propone, y si es así, quién lo autoriza? Lo cual procede, en parte, de nuestra indolencia, de nuestra pereza intelectual, más decadente que la del corazón; y, en parte, ó sobre todo, de nuestras cobardías. Y sobre todo también de la esclavitud de las costumbres, de los hábitos adquiridos, del orgullo de creer que no necesitamos perfeccionarnos, del espíritu de imitación, del exceso de naturaleza simial que distingue á los mismos que no quieren descender de gorilas y orangutanes, y también del *quid obscurum* que entrañan las verdades morales con el problema del bien y del mal, y del terror que inspiran á los caracteres tímidos y á las conciencias pacatas, los esfuerzos de la indagatoria, la curiosa inquietud de las ciencias, las pruebas y los experimentos á que apela para enriquecer sus conocimientos y el tesoro de sus verdades y los cambios que se operan con motivo de una invención reciente. Para sacudir estos terrores, nada parece más eficaz á los timoratos que aferrarse más y más á las verdades ya conocidas, especialmente á las que se refieren á nuestras relaciones con la divinidad; porque esto, al fin, aquietta también las inquietudes de nuestra responsabilidad individual.

—¿Y crees que esas verdades científicas que la ciencia va descubriendo, nos libertan del mal por sí solas?

—Lo creo, como hay otros que creen que las enfermedades, que los dolores que la humanidad padece lo son necesarios para contenerse, y huir de los caminos del mal. Tienen razón, en parte, porque la infancia, la parálisis, las fiebres, la salud descalabrada, las deficiencias de la edad y muchas otras miserias que la ciencia todavía no sabe curar, y que el espíritu de penitencia mal dirigido agravan; quitan efectivamente facultades y deseos de ceder á los reclamos más violentos de la vida. Pero el niño, el paráltico, el anciano, la mujer eterna enferma, no son libres por la verdad, sino que están exentos de caer en excesos de vida, porque están caídos ya por la falta de vida. La libertad por la verdad, es la que hace á un hombre no solamente libre, sino voluntaria y racionalmente libre. La libertad bien poseída supone una voluntad recta, indómita, valiente, sostenida por un amor inextinguible á la verdad y consagrada por una fé de mártir en favor de la misma.

—Sí; comprendo que la verdadera libertad consiste en que el hombre, pudiendo hacer el mal, no quiera hacerlo.

—Tratándose del mal como del bien, allí en donde un hombre quiere y no puede, allí hay servidumbre. Que esta servidumbre sirva para evitar mayores males, lo mismo que para imposibilitar el advenimiento de bienes desconocidos, siempre será degradante servidumbre, odiosa esclavitud, contradicción del aforismo de Jesucristo:—«La verdad solamente puede haceros libres con aquella libertad que hace meritorias en el hombre, su arrojo en unos casos y sus temores y contención en otros.

—¿Sus temores!... ¿constituyen á veces una virtud.

—Ciertamente. Pero virtud que corre el peligro de degenerar en miedo. Se dice que el miedo fué el que hizo los dioses. Pero el miedo es la esclavitud negra. Y no quiero referirme á esos miedos que dominan hoy á las personas más afortunadas, miedo al dolor, miedo á la muerte, miedo al martirio, miedo de las burlas del mundo, á los sarcasmos de la opinión, de la persecución del partido dominante, miedo á la pérdida de los bienes de fortuna ó de la reputación... todos estos miedos hacen esclavas á las sociedades aparentemente más libres. Pero hay otro miedo más funesto y mortal, y es el que se contrae viviendo siempre en los crepúsculos religiosos que engendran supersticiones. Las penumbras prestigiosas del templo antiguo no eran la atmósfera de la verdad, pero sí la más propicia á la esclavitud del sueño. La verdad es luz, y por eso tan sólo la verdad es la que puede hacernos libres, empezando por emanciparnos de las cadenas y tropiezos de las tinieblas.

—¿No temes con esa doctrina adular á los espíritus revolucionarios? Las evidencias y claridades que te enamoran, no acabarán por convencerte de la inanidad ó de la imposibilidad de la fé?

—No temo tal cosa. Soy cristiano y lamento que nuestras sociedades se dividan generalmente en dos clases. Una de estas se compone de hombres atrevidos, enérgicos, emprendedores, á quienes ningún obstáculo vuelve indecisos; pero que piensan que para sus virtudes el peor obstáculo es la religión, cosa secundaria y vida baladí. La otra clase es la que pasa por eminentemente religiosa, y lo será tal vez; pero sin negar las cualidades incontestables que distinguen á estos privilegiados, digo que muestran también algo femenino en su carácter, que los hace susceptibles, desconfiados, meticulosos, enemigos de todo impulso noble, sólo accesibles al sentimiento, pero nunca á las verdades por sólo ser verdades.

—¿Y no reconoces en estos una necesidad de valor é intrepidez grandes para mantenerse fieles?

—En algunos sí; en otros el valor no es sino una tenacidad. Yo acabaré de explicar cual es la intrepidez por la conquista de la verdad, que yo quisiera en mis amigos, para que fuesen más libres, valiéndome de un recuerdo si Vd. me lo permite.

—Habla, hijo mio.

—Mi hermano y yo estudiamos la filosofía en un mismo colegio de Madrid. Era este un seminario de Padres Escolapios. En los días de salida, solía el criado, encargado de acompañarnos á paseo, llevarnos alguna vez á cierta casa, con aspecto de palacio que había en la calle del Barquillo. En aquel caseron vivía el representante de Dinamarca, en compañía de su anciano padre, quien nos recibía invariablemente con extremos de cariño, y gustaba de sostener con mi hermano y conmigo largas conversaciones sobre las costumbres, la vegetación, las ricas frutas y las bellezas sin igual de la Isla de Cuba. Un domingo nos recibió muy serio, horriblemente serio. Estaba de pie, inmóvil, envuelto en su larga capa, con el sombrero puesto, y como escondido ó en escucha detrás de una hoja de la puerta que daba paso del recibimiento á la biblioteca del embajador. Le saludamos por dos veces, y no nos dirigió ni una sola palabra, ni nos contestó con el más ligero movimiento de cabeza. Estaba muerto. Sí; había muerto el mes anterior. Su hijo había tenido el raro capricho de colocarle en aquella actitud después de hacerle embalsamar por un renombrado profesor de su país. La impresión que aquella novedad hizo á mi pobre hermano fué terrible. El recuerdo que mi hermano dejó en mí es hoy acaso tan terrible y doloroso como el que le produjo indeleble el anciano muerto. Algunos años después regresamos á Cuba, y no mucho después de nuestro regreso tuvimos la desgracia de perder á nuestro anciano padre. Una de las noches en que todavía le llorábamos sin admitir consuelo, quisimos hacer una visita á la habitación en que acostumbraba él pasarse largas horas del día leyendo ó escribiendo. Nos dimos la mano, y así enlazados atravesamos un corredor y nos acercamos á la puerta del saloncito de estudio, que nos atraía. Estaba entornada. Sin tocar nosotros la hoja que

giraba sobre sus goznes como jugueteando con el viento, vimos que acabó por abrirse del todo, dejándonos ver en el fondo del cuarto, iluminado en parte por un rayo de luna, la forma esbelta de nuestro padre, en la misma posición en que habíamos visto en Madrid al muerto de la Legación de Dinamarca. Allí estaba, sí, envuelto también en una larga capa, con el sombrero puesto y la cabellera brillante de blancura. Mi hermano huyó, presa de terrores tan fuertes ó más que los anteriores que le enfermaron en Madrid. Yo también tuve miedo, mucho miedo, y si desde luego no eché á correr como mi hermano, fué porque el miedo en mí no producía sino postración instantánea de toda fuerza. Quise sacar ventaja de mi debilidad, y osé penetrar en el salón y dirigirme con paso lento á mi padre, y tocar su capa y sacudirla luego. ¡Ay! que entonces mi miedo se trocó en tristeza, porque allí estaban, en efecto, la ropa, el calzado, el sombrero de nuestro padre; pero nuestro padre no. Lo demás que había contribuido á la ilusión y á los terrores había sido dispuesto mañosamente un esclavo, que, sin querernos mal, se complacía en darnos frecuentes bromas y sorpresas para él risibles. ¡Bueno! Así castigó nuestra inadvertencia por haberle contado con todos sus detalles, fidelísimamente, el caso del muerto dinamarqués. Pero yo gané más que perdí. El fantasma, obra de mi esclavo, me hizo sufrir, pero mi arrojo, el amor á mi padre, me dieron alas para ir al descubrimiento de la verdad y á la destrucción del engañoso fantasma. ¡Cuántas, cuántas verdades salvadoras han de descubrir por tan fácil modo las ciencias humanitarias, y de cuántos fantasmas libertarán al mundo las verdades que se están descubriendo! Ahora, querido padre, diga Vd. que perdona mi atrevimiento por haber osado hacerle compártice de mis ideas y experiencias.

—Nada tengo que perdonarte. No en todo lo que has dicho pienso como tú; pero los pensamientos de hoy me confirman en la idea de que eres un creyente, y es lo que me importa. ¿Y tú á mí, querrás seguir amándome, á pesar de nuestras divergencias, que nunca llegarán á conflictos de opinión?

—Creería muerto ya mi corazón, si mi amor á usted no creciera cada día más, tanto por lo que nos une, como por esas divergencias que usted dice, y que en vano intentarían separarnos. Si mi corazón fuera capaz de odio, yo emplearía ese odio en aborrecerme á mí mismo.

—Pues bien, dame la mano, y déjame poner término, á mi modo, á esta conversacion.

—Le oiré á Vd. ya sin oponer nada á cuanto diga.

—Dígote, pues, que espero algo de las ciencias, pero algo ménos de los hombres que están hoy encargados de cultivarlas y defenderlas. No á todos humaniza ese estudio: la soberbia aquí suele salir gananciosa, lo mismo, no lo callaré, que en ciertas escuelas de teología ó en ciertas teologías. Los exclusivismos de la ciencia me la están haciendo antipática. Yo pienso más libremente que ella al sentar que los mitos antiguos de que ella se burla, encierran verdades tan necesarias al corazón, como luminosas para la mente la verdad científica. ¿No crees tú posible que el fantasma, la hada, la dryada y la amadryada, los géneos y los gnomos sean formas diversas y amables de las verdades más serias? Para mí, componen la parábola primera y más graciosa del Padre Divino á sus hijos en la infancia. Nuestros sueños místicos, por lo tanto, bien pueden ser también una de las llaves que la ciencia ha perdido, y que hace algún tiempo ya que echa de ménos y anda buscándola delante del dintel de la puerta de bronce y á lo largo de la muralla del misterio, vanagloriándose, con todo, sin reconocer que su universo de hechos conocidos y de leyes observadas no es el mundo viviente de Dios sino su tumba más bien, su tumba cataléptica, por voluntad de las ciencias tiránicas. Permíteme, hijo mio, echar de ménos, por mi parte, los días de fé y de milagros, cuando la naturaleza no estaba domesticada por la ciencia, cuando sus bellezas lucían inexplicadas, cuando la tierra guardaba mejor sus secretos, y cuando, á pesar de la ignorancia, había un culto elevado y nunca fingido, cuando todos los hombres eran nobles y ser bueno era ser sabio. No eran días estériles, aunque hoy se rían de ellos los que suponen que los molinos de entonces no molían más que paja, puesto que había paz y amor y se adoraban verdades inmaculadas. La electricidad y el vapor, apostando á quien vuela más... ¿para qué? para dar la vuelta y sólo para dar la vuelta á este mezquino globo que habitamos, no destruyen para mí el encanto de aquellas rondas nocturnas de las hadas antiguas que dejaban marcadas sus huellas en círculos de flores sobre la hierba de los prados.

Cuando regresábamos á casa, el sol todavía



derramaba torrentes de luz: no tuvimos ningun tropiezo, todos los rostros manifestaban serenidad ó contento. En una calle vimos caer á un niño, y yo pude correr á levantarlo, y mi amigo le consoló dándole unos caramelos, que por casualidad le quedaban en el bolsillo. Yo me abandoné aquella noche á la paz del sueño, murmurando con fruición: «Amore e Roma, Alma-Mater.»

TRISTAN MEDINA.

## EUROPA Y EL TRATADO DE PAZ

CHILENO PERUANO

Las últimas noticias de Santiago de Chile alcanzan al 4 de Marzo. Ya era del dominio público allí la noticia de que Inglaterra, Francia, Italia, España y Holanda habían presentado al gobierno peruano, y en breve plazo presentarían también al de Chile, por conducto del ministro francés Pascal Duprat, una reclamación colectiva, encabezada por la República francesa, haciendo presente (según se decía en los círculos mejor informados) que no consienten la cesión incondicional de Tarapacá á Chile, como tampoco la anexión de Tacna y Arica, en caso que, después de diez años de ocupación, se incorporase al territorio Chileno; sino á condición de que esos territorios sean afectados proporcionalmente, por la parte que les correspondiese, en el total de la deuda peruana, afectando á Tarapacá el total de la deuda contraída en Europa con hipoteca de los certificados de salitres. Piden también explicaciones respecto á los certificados de salitres que se emitieron cuando el gobierno del Perú expropió las salitreras de propiedad particular para establecer el monopolio de sus productos.

El texto oficial de la reclamación no nos es conocido, pero el hecho es que la reclamación existe, que á principios de Marzo había sido presentada al gobierno del Perú y que á la fecha debe también haberlo sido al de Chile.

Desde luego no se comprende por qué los gobiernos europeos han esperado á que el tratado de 20 de Octubre de 1883 estuviera aprobado por el Congreso chileno y en vísperas de serlo por el del Perú, para reclamar á última hora y *telegráficamente*, cuando han tenido más de tres años para hacer uso oportuno de sus influencias en favor de las pretensiones que ahora manifiestan. No puede alegarse ignorancia de las condiciones de paz que el gobierno de Chile formuló clara y terminantemente en las conferencias de Viña del Mar en 1880, y ménos de la resolución de mantenerlas en su forma primitiva, que desde entonces ha hecho públicas en diversos documentos y circulares oficiales, dirigidos á los gobiernos amigos. La reclamación, por lo ménos, puede calificarse de inoportuna, tanto más cuanto que el día 28 de Marzo último, es decir, á los pocos de ser presentada, fueron cangeadas en Lima las ratificaciones del tratado de paz entre Chile y el Perú; de modo, que el gobierno peruano del general Iglesias ha considerado que la reclamación *post factum* no podía admitirse, tanto porque los gobiernos signatarios no habían reconocido previamente al del general Iglesias, cuanto porque el tomarla en consideración significaba el reconocimiento de un derecho de intervención extranjera en los asuntos interiores de una nación libre é independiente. No se comprende cómo la diplomacia europea haya cometido la ligereza de presentar su reclamación á un gobierno que se había negado á reconocer; error que no ha podido ménos de confesar el subsecretario de Negocios Extranjeros, Fitz Maurice, en el Parlamento de la Gran Bretaña, declarando que ya había dado órdenes telegráficamente al ministro inglés en Lima para reconocer el gobierno de Iglesias á nombre del de S. M. B. como condición previa para que pudiera iniciarse la negociación de que se trata.

Firmado y ratificado entretanto el tratado de 20 de Octubre de 1883, y en vista de la respuesta del gobierno peruano, los signatarios de la protesta tratarán sin duda de gestionar sus pretensiones ante el gobierno de Chile, actual poseedor de dichos territorios, cuyo dominio ha dado pretexto á la reclamación, porque dema-

siado saben que lo que del Perú pudieran obtener sería, en todo caso, ilusoria promesa, imposible de cumplir, dado el estado de abatimiento y pobreza á que ha quedado reducido el país. El hecho de haberse elegido el último momento para formular tales quejas, es prueba evidente de que á las potencias reclamantes no les ha preocupado, ni poco ni mucho, la suerte del Perú, y que lo único que les interesa es que no sufran perjuicio en sus negocios aquellos de sus súbditos que han tenido á bien invertir capitales ó especular con ellos en deuda peruana. Como ya, por experiencia, muy anterior por cierto á la declaración de guerra de Chile al Perú, saben sus acreedores que de la solvencia peruana no les quedaba más que tristes recuerdos, procuran hoy consolarse con la idea de que, por lo ménos, una parte de sus créditos sea reconocida por Chile. De todos estos antecedentes, y de cuanto hasta hoy se ha publicado sobre el particular, puede deducirse que las pretensiones de las naciones coligadas son las siguientes:

1.º Que los acreedores del Perú, tenedores de bonos de los empréstitos de 1870 y 1872 tienen acción por título hipotecario, no sólo sobre el guano descubierto y actualmente en explotación, sino sobre el que en lo porvenir se descubriera, así como Chile les ha reconocido esa acción y derecho á la mitad del guano ya descubierto; en consecuencia de lo expresado en el artículo 8.º del tratado de 20 de Octubre de 1883, declarando que Chile no reconoce la obligación de dar á esos acreedores más de lo que expresa en el art. 7.º, no obligaría á los acreedores que se consideran con título hipotecario sobre todos los guanos presentes y futuros.

2.º Que los productos del guano de las islas de Lobos, que deberán entregarse al gobierno peruano, según lo pactado en el art. 10 del tratado, pasen á poder de los tenedores de bonos, y

3.º Que Chile reconozca como crédito hipotecario sobre la renta del salitre el importe de los llamados certificados salitreros que, reconocidos como legítimos, no se hayan canjeado hasta el día por establecimientos salitreros.

Hay, pues, dos cuestiones distintas que es menester no confundir y que hay que tratar separadamente: la de los tenedores de bonos por empréstitos peruanos de 1870 y 72 con *supuesta* hipoteca especial de los depósitos de guano y la de los poseedores de certificados salitreros emitidos por el gobierno de Pardo.

Por lo que toca á la primera, no se puede admitir en derecho que la hipoteca constituida por la República peruana para garantizar los empréstitos de 1870 y 1872 tuviera ni pudiera tener el valor jurídico que tienen las verdaderas prendas y obligaciones reales constituidas á favor de cualquier acreedor: 1.º, porque un gobierno democrático y representativo no puede disponer de la propiedad nacional sin el consentimiento y la sanción parlamentaria; y en el caso de que se trata se prescindió de la autorización del Congreso, y por consiguiente los agentes del gobierno peruano, hipotecaron lo que no les pertenecía; 2.º, porque lo que dichos agentes hipotecaron no fué el guano, sino la *renta líquida* que resultara de la exportación del mismo, después de separada por el Gobierno deudor la suma que estimase necesaria para cubrir los gastos públicos; 3.º, porque el guano que se extrae de los depósitos no es susceptible de hipoteca en ningun caso, y 4.º, porque no se concibe que un gravamen real, que debe ser cierto é inmanente, pueda constituirse sobre cosas desconocidas ó no existentes, como el guano *por descubrir*. Y aún concediendo que una hipoteca constituida por un gobierno democrático, sin haber obtenido la sanción legislativa, tuviera valor jurídico, lo que es una herejía y una atroz ficción, por no llamarlo de otro modo, jamás podrían trascender á terceros esas pretendidas y ficticias obligaciones reales.

En las leyes promulgadas para autorizar los empréstitos citados no se habla para nada de hipoteca, y sólo en los bonos se hizo mérito de tan importante condición. El gobierno peruano, en sus apuros constantes de dinero, aceptó la redacción acordada por sus agentes en Europa, y la emisión se lanzó al mercado.

La mejor manera de entender é interpretar un contrato, es, sin duda, la ejecución práctica del mismo. Veamos cómo se observaron entre el gobierno del Perú y sus acreedores, antes de la guerra peruano-chilena, los referentes á empréstitos. Con consentimiento tácito de sus acreedores dispuso libremente el Perú por muchos años de toda la renta del guano, sin que jamás se hiciera referencia á sus derechos hipotecarios ni se entablara reclamación alguna. Pero Chile, si no es más rico que el Perú, ha dado pruebas de su honradez, reconociendo espontánea y generosamente á los tenedores de bonos peruanos acción y derecho á la mitad del guano descubierto y actualmente en explotación; acto de verdadera liberalidad, digno del mayor elogio, bajo el punto de vista de la conservación y consolidación de su crédito nunca desmentido, pero que políticamente podría prestarse acaso á severa crítica; porque el adelantarse á satisfacer expectativas que no constituyen derecho, si bien es acto de rara equidad y sin igual honradez, á la vista está ya en el resultado obtenido la confirmación de aquella gran verdad que en ocasión solemne dijo al mundo un estadista mejicano: «La magnanimidad y generosidad de los pueblos débiles americanos se traduce en Europa por miedo ó sinrazón.»

El derecho internacional nada ha prescrito hasta hoy sobre la situación que nace de la anexión de una ó más provincias como consecuencia de guerra entre dos naciones, sea como indemnización de gastos bélicos, como en los casos de la Besarabia á Rnsia, y la Alsacia y Lorena á Alemania, sea en pago de servicios, como Niza y Saboya á Francia; ó por compra, como Tejas y Nuevo-Méjico á los Estados de la Unión Americana; por lo tanto, huelga el fundamento que sobre derecho de gentes se busca en el acuerdo tomado por el Comité de tenedores de bonos en la sesión celebrada en Lóndres en Octubre de 1883, en que se pide al gobierno de S. M. B. que éste insinúe al de Chile que conceda á dichos tenedores las acciones que en justicia tienen, según el derecho de gentes, sobre los territorios del Perú que van á ser anexionados por ese gobierno, y suplicando que se ejerza en su favor por el gobierno británico la influencia necesaria para asegurar el reconocimiento y sosten de los mismos derechos.

Respecto al segundo punto, la explicación es igualmente clara y más terminante, si cabe. Los llamados certificados salitreros fueron emitidos por el gobierno del Perú en tiempo del presidente Pardo, que estableció sobre el salitre un sistema de monopolio, para pagar á los productores de nitrato, la expropiación forzosa de que fueron objeto. La emisión se hizo por medio de certificados, que ganaban el 8 por 100, pagaderos en letras sobre Lóndres al tipo de 44 d. por sol, ó duro peruano, y se cotizaban en plaza tres series de certificados: la primera, que se dió en pago de los establecimientos expropiados; la segunda, que se llamó de hipotecarios de todas las propiedades salitreras en general, y la tercera, certificados salitreros á secas. La primera y segunda emisión no produjeron dinero al gobierno peruano, y entonces se apeló á la tercera, cuyos títulos no se sabe á punto fijo á cuánto ascienden ni lo que representan.

El gobierno peruano nunca pudo desarrollar esta desgraciada operación financiera. Sobrevino la guerra, y cuando Chile tomó posesión de los territorios, encontróse con un caos, tal era la confusión y desórden que allí reinaban. Su primera medida al establecer el imperio de las leyes de la República, fué volver á la libertad de industria y deshacer la obra de Prado con pleno derecho. Dispuso que los establecimientos fueran devueltos á cambio de su valor en certificados, y los poseedores de los de la primera y segunda serie, canjearon más de la mitad del valor total de ambas emisiones. Hizose público desde el primer momento el acuerdo del gobierno chileno y vigente está para que todos los poseedores de certificados puedan cambiarlos por los establecimientos que aún quedan. Claro está, que aquellos que no proceden de buena fé han supuesto, para sus fines particulares, que los establecimientos y oficinas están real y legalmente hipotecadas



sobre lo que hay más aún que decir, que lo dicho ya sobre lo de los bonos de 1870 y 1872; pero como el tercer poseedor no responde en ningún caso sino con la cosa hipotecada, la actitud del gobierno chileno, es perfectamente correcta, y por tanto, no consentirá jamás en reconocer como deuda suya, limitándose á decir: probad la autenticidad y legitimidad de vuestro título hipotecario, y os devuelvo en el acto la cosa hipotecada.

Conocidos ya los fundamentos de la reclamación y las objeciones que á primera vista puede presentar un lego en la materia, réstanos examinar ligeramente la actitud de aquellas de las naciones reclamantes que más papel hacen en esta negociación que Chile, nada tiene que temer, y pronto hará oír su voz por el órgano oficial y autorizado de su ministro de Relaciones Exteriores.

Francia que ha sido principal instigadora de la coalición, es sin duda la que más interés debe tener en la realización de sus patrióticos propósitos. Franceses son los Sres. Dreyfus, conocidos protectores del Perú, y no nos permitimos hacer reflexiones hoy por hoy, aunque no dejaremos de hacer constar que sospechamos que Francia será la última de las naciones que dé la razón á quien la tenga.

Inglaterra; estamos bien seguros de que no abandonará su política tradicional y se limitará á hacer amistosas amonestaciones y recomendaciones, y en ese mismo sentido obrarán Italia y Holanda. Intencionalmente hemos dejado á España para lo último. Lo mejor que podemos pensar, es que el gobierno conservador, presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, ha sido arrastrado inconsciente y precipitadamente á tomar parte en una manifestación, á la que había negado su apoyo el anterior gabinete liberal.

España, á lo que parece, cree tener interés, principalmente en el negocio de los certificados salitreros... Nada habría perdido el gobierno español con haber esperado á que el diplomático que está ya nombrado para representarle en Chile, hubiese presentado sus credenciales, restablecido de hecho las relaciones de amistad entre ambos países, estudiado detenidamente la cuestión y enviado sus impresiones al ministerio de Estado, en vez de asociarse á una reclamación cuyos fundamentos no ha podido apreciar concienzudamente, olvidando que de todas las naciones europeas, á la que más pruebas de cariño viene dando Chile de algún tiempo atrás, es á España.

L. M. C.

## EL ORADOR

La palabra es el ariete invencible de las sociedades modernas, es la reina del mundo y el más armonioso y conmovedor de los medios del arte.

El que domina la palabra, gobierna, subyuga, se enseña de las pasiones, de las multitudes, de los pueblos; hierre ó regenera, hace sentir y creer, hace llorar y temblar.

Nada hay más grande que el poder del orador cuando deja oír su palabra en las asambleas, cuando se inflama en los grandes pensamientos y se pone al servicio de la justicia y la libertad, cuando truena sobre la multitud y la agita, y cuando, en fin, desde la cátedra sagrada ensalza y propaga la verdad cristiana.

El orador es imponente como la tormenta cuando se envuelve en los relámpagos del apóstrofe; grande como el conquistador cuando ridiculiza ó destroza al adversario con el descubrimiento de altivos desdenes ó la opresión sofocante de razonamientos escolásticos; cruel como el cirujano sombrío de los gabinetes de disección, cuando se desploma sobre los gobiernos y hasta fondea en sus intenciones.

El espíritu de indignación que domina en nuestro siglo ha dado inmensa preponderancia y prestigio al orador.

El rasgo que le caracteriza es el interesante deseo de realizar los nuevos ideales que persiguen los pueblos cultos; propagar la instrucción, destruir todos los errores, todos los absurdos y todas las preocupaciones.

Al orador, como también le sucede al autor dramático, no les es posible prescindir del carácter del

auditorio, de ese monstruo de cien cabezas que se llama público, apelando al injusto fallo de la posteridad.

El escritor, el pintor ó el poeta lírico, pueden mirar con desden los infundados juicios de la multitud, fiando la inmortalidad de sus libros, cuadros ó estatuas á otros jueces mejor inspirados; pero el orador cuyo intento es persuadir á un auditorio, está en la obligación de realizarlo y todo su trabajo, por bello que sea, si no obtiene el éxito, sería vano.

Si entre el orador y el público no se establece esa especie de corriente magnética que despierta las emociones vivas y produce los grandes efectos, ¿quién dirá que el orador ha estado elocuente?

El músico, el novelista y el poeta viven aislados del público; pero el orador no se separa un instante de él. Desde el momento en que concibe un pensamiento hasta que le dá á luz; desde que las ideas golpean su frente que parece incharse como las yemas del árbol en los primeros movimientos de la savia, hasta que salen de sus labios envueltas en frases sonoras y caen en la conciencia del auditorio como una lluvia de emociones y de entusiasmos, no es posible aplazar la alabanza; la gloria del orador trae siempre tras sí el aplauso y es preciso tributárselo, aún antes de finalizada la oración que completa el efecto oratorio.

Al orador no se le lisonjea cuando se le sigue; se vá forzosamente tras de él á la revolución ó á las demagogías, porque su palabra irascible, colérica, elocuente, ejerce aún mayor atractivo que la aguja imantada.

Nada hay comparable á la satisfacción de un orador que tiene domeñada bajo el incontrastable poder de su palabra una multitud, la cual se enternece si él se enternece, llora si él llora, indignase si él se indigna, y forma con el alma del orador un alma universal; pero todavía es más pura y más noble esta satisfacción cuando con palabra firme y penetrante se ejercita en la nobilísima defensa del honor ofendido, de la virtud encarnada, del derecho hollado.

Porque es indudable que nada hay más admirable ni más hermoso que cautivar la atención de los oyentes, apoderándose de sus ánimos en defensa de tan caros como santos objetos.

Etonces es vivo, turbulento, rebosa fuego ó electriza á su auditorio. No le deja respirar: todas sus palabras van al objeto, todas sus pruebas se deducen una de otra, su estilo es nutrido, apremiante, nervioso, conciso y de una lucidez sorprendente: entonces aparece en el apogeo de su gloria y deja de ser hombre para convertirse en titán.

La gloria del orador no es sólo ruido como algunos suponen; ejerce sobre un país y sobre su época una influencia decisiva que está muy lejos de ejercer otro hombre de notoriedad y de talento.

El orador con el mágico poder de su palabra ejerce una fascinación implacable; de su boca sale muchas veces la libertad ó la servidumbre, la opresión ó la luz.

La chispa que forma la llama del pensamiento, su luz, su libertad, su actividad en el hombre, es la palabra.

Ella penetra cual dardo agudo en el corazón del tirano y le persigue incesante con la tenacidad de la conciencia, con su universalidad, con la invulnerabilidad del pensamiento, sirve para esclarecer todos los hechos, alumbrar todas las miserias y grandezas de la tierra y poner de manifiesto en todo su horror el crimen y la corrupción; es el primer ensueño de la juventud entusiasta é inteligente que vuela de las universidades tras de los gloriosos destinos que adivina.

La palabra y la imprenta son las poderosas palancas que impulsan á los pueblos en el camino del progreso.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON

## MEMORIAS DE LA INQUISICION

(DE J. RIBEIRO GUIMARAES)

En uno de los primeros días de Mayo de 1624 vieron los vecinos de Coimbra, en la calle de la Moneda, próxima á las Ollerías, á un grupo de gente arrasar unas casas y despues echar por el suelo cestos de sal, presidiendo este acto las justicias del rey.

Todo ello se hizo con un silencio sepulcral.

Apenas si se oía el ruido de las piquetas que desmoronaban las paredes y el sonido sordo de las piedras que se desplomaban. Parecía talmente que los espectadores de aquella escena estaban dominados por un secreto terror, y que los actores de ella eran los

emisarios misteriosos de un poder tenebroso y formidable.

Con efecto, razón había, y sobrada, para el terror que á todos subyugaba. Se ejecutaba allí una sentencia del pavoroso tribunal de la Inquisición. En aquella casa habitaba un hombre conocido de todos por su saber y por la alta posición que ocupaba en la Universidad y en la catedral de Coimbra, y que en aquel mes fué ajusticiado en Lisboa, á las órdenes del Santo Oficio, por los horrendos crímenes de judaísmo y otro al que llamaban nefando.

Era el víctima el Dr. D. Antonio Homem, catedrático de prima en la facultad de cánones y canónigo doctoral á la vez de la catedral de la misma ciudad. Esta era la víctima ilustre que en la hoguera encendida por la Inquisición de Lisboa, expió el tremendo crimen de ser cristiano nuevo y de seguir la ley de Moisés. La casa donde él residía y donde se reunían, según decía la sentencia, —sus correligionarios, eran las casas que las justicias del rey habían mandado arrasar, sembrando de sal los solares. Venganza ridícula; pero hecho todo con un boato aparatoso que imponía á las conciencias fanáticas y timoratas de la época. La ley entonces no era hecha para corregir, sino para destruir á los criminales supuestos ó verdaderos, y más aún, para infundir horror á todos como medio de represión.

El sábio Dr. D. Antonio Homem fué uno de los hombres más notables de su época. En la Universidad ocupaba un lugar distinguidísimo, y sus epístolas sobre ambos derechos, son citadas como obra de gran mérito, y dan por sí solas un testimonio vivo de la alta capacidad del célebre profesor de la Universidad.

Entró el Dr. Homem por concurso en el cuerpo docente de la Universidad el 22 de Febrero de 1592, y en 1614 fué nombrado catedrático de prima en la facultad de cánones. En 1610 había sido nombrado canónigo de la catedral de aquella ciudad. Fué acusado al tribunal de la Inquisición como cristiano que seguía el culto judaico, y en 18 de Diciembre de 1619 entró en la cárcel del Santo Oficio.

Cinco años gimió en la cárcel, y la historia no consigna los tormentos que sufriera durante tan largo plazo.

¿Quién sabe cuánto sería atormentado aquel espíritu elevado!

¿Quién puede decir los tormentos que sufriera aquel sábio profesor!

Si era inocente, ¿cuál no sería el tormento que sufriera para obligarle á confesar crímenes que no había cometido? Y si era culpable ante la incua y cruel ley hecha para engendrar crímenes, su inocencia debería estar muy angustiada por los esfuerzos de los que pretendían llevarle á maldecir de las creencias que profesaba.

La sentencia del Dr. Homem se publicó en *El Diario Conimbricense*, y fué copiada de un libro manuscrito del archivo del convento de Santa Cruz, de donde pasó á los archivos extinguidos en el gobierno civil.

La sentencia es un documento que prueba la más inepta crueldad. Dice que los cristianos nuevos de Coimbra se reunían en las casas que fueron arrasadas, y describe la sala en que celebraban las juntas los judaizantes, haciendo las fiestas y ayunos de los hebreos, siendo de ellos sumo sacerdote el Dr. Homem. Dice que en el altar había un retablo con la efigie de Moisés, y otro con la de cierta persona (la sentencia no la nombra) que fué relajada en carne á la justicia secular y quemada por judía; añade que el doctor echaba incienso á esos retablos, y durante el día tocaba una bocina en tono bajo.

Estos fundamentos de la sentencia hacen creer que eran falsas las imputaciones hechas al célebre doctor tan ilustrado, que si por acaso seguía el culto judaico, cumpliría á la letra sus preceptos, pues que siempre fueron los judíos severos observantes de los ritos y ceremonias de su culto. Por otra parte, en las sinagogas no hay retablos ni allí se ve la imagen de Moisés. No es, pues, creible que un hombre tan docto, una inteligencia tan superior se entregase á farasas tan ridículas, incensando á retablos y tocando una bocina. Si era judío, cumpliría los preceptos de la ley con el rigor usado entre los sectarios de Moisés.

Para nosotros, pues, la sentencia es el testimonio de la cruelísima iniquidad de los jueces de la Inquisición. De la sentencia publicada en el *Anticuário Conimbricense* copiamos los siguientes párrafos:

«.... Y lo relajan á la justicia secular, á la que piden con mucha insistencia y eficacia se hagan con él benigna y piadosamente, y no proceda á la pena de muerte ni efusión de sangre, y mandan que las ca-



sas en que se celebraban las referidas solemnidades y juntas, en detestacion de tan grave crimen, se derriben y asalen, poniendo en el terreno sal, y nunca se vuelvan á reedificar; y para que conste y quede memoria para siempre, se levante en el sitio que ocupan un poste alto con un letrero que declare la causa por la cual se arrasaron y salaron.»

El día 5 de Mayo se cumplió la benigna y piadosa sentencia de la Inquisición de Lisboa. En ese día salió un majestuoso auto de fé compuesto de 84 personas, siendo 48 hombres y 36 mujeres, yendo 10 relajadas en carne, y de éstas 4 mujeres.

«El Dr. Antonio Homem, dice la sentencia, medio judío nuevo, sacerdote, catedrático de prima de cánones, canónigo doctoral de la catedral de Coimbra y natural de esta ciudad. Negativo dogmatista, y por lo nefando fué á la hoguera con cucaraha...»

En este auto salió también relajado en estatua y con los huesos el R. Dr. Manuel Lopez de Silva, muerto en la cárcel. Igualmente salió Ana Antonia, acusada de reconocer sólo al diablo por su dios y hablar con el mismo diablo en figura de cabron.

En la obra publicada en Coimbra en 1821 por José María Andrade, bajo el título de *Reglamento de la proscripta Inquisición*, se halla la sentencia de una María Antonia, acusada también de reconocer al diablo por su dios y tener pacto con él en figura humana de hombre pequeño y de gato negro (!). Dice Andrade, que la sentencia data de principios del siglo XIII. No combinan el nombre, la figura del diablo y la época. Con todo, la especie es la misma. Como éstas hubo muchas sentencias, documentos irrecusables de la inepta crueldad de la Inquisición.

Sin embargo, en la obra de Andrade está firmada la sentencia por los inquisidores Francisco Cardoso y Sebastian Celer... Aquí hay indudablemente error u omisión del copista, pues que en ese tiempo, esto es, en 1624, eran inquisidores de Coimbra Francisco Cardoso del Torneo y Sebastian César de Meneses, y del mismo modo, tal vez hubiese error de copia en el nombre de la mujer. Ya se ve, pues, que Andrade se equivocó diciendo que la sentencia es del principio del siglo XVIII.

Los inquisidores juzgaron probados los actos que á continuación vamos á referir: «María Antonia estuvo nueve años en pacto con el diablo, que se le aparecía de día en casa de cierta persona en forma humana de hombre pequeño, diciéndole que creyese sólo en él y que le daría todo cuanto deseara. Cuando la mujer quería adivinar alguna cosa, llamaba al demonio, y éste se le aparecía en figura de gato negro, si era de día, y en forma de hombre pequeño si era de noche... y así salía la reo y el demonio con el hábito en que siempre se le aparecía en cierto lugar junto á un río, donde estaban algunas mujeres, conocidas de la reo, en compañía de otros demonios, y después de bañarse todas por orden del diablo, se salía cada una con su demonio, y con ellos tenían tratos tan ilícitos y groseros, con circunstancias tan lascivas y abominables, que daba asco al más impúdico; y, por último, volvía la reo para su casa, siempre en compañía del diablo, el cual algunas veces la llevó á ciertos sitios, donde la entraba sin ser vista ni sentida por las personas que en ellos estaban, y allí hacía, con grande daño de su alma, los males que el demonio le ordenaba...»

Los inquisidores creyeron probadas estas acusaciones, y como la mujer las declaró, mandaron que María adjurase en forma, la impusieron cárcel, hábito penitencial perpétuo y destierro por tres años al Brasil. Los inquisidores se divertían y amenizaban sus horrosas y sangrientas distracciones, alternando con los repugnantes olores de la carne quemada en los autos, estos episodios festivos, de los cuales ellos mismos eran los primeros en burlarse.

¿Pero qué puede admirarnos esto? ¿No tenía el sangriento tribunal escrita en su bandera la palabra *Misericordia* por cima de un olivo y al lado de una cruz? La Inquisición fué inclemente, y todos saben que vivió en guerra perpétua con la humanidad, á pesar de hacerse preceder en todas sus manifestaciones de esos distintivos santos de la paz y del amor filial. ¿No era esto otra atroz ironía á lo más digno de respeto, á lo más santo en un país católico? No admira, por tanto, que hoy sea este tribunal el escarnio del mundo por sus crímenes y por esas condenaciones de mujeres que tenían pacto secreto con el demonio.

El reglamento de la Inquisición del 14 de Agosto de 1774, aprobado por decreto de 1.º de Setiembre del mismo año, mandaba que los reos convictos de sostener pacto con el demonio, cuando se manifestasen

creyentes en esas supersticiones, fuesen recogidos en el hospital de los locos, porque sólo en estado de enajenación mental podían creer en semejantes aberraciones.

En la Ribera, frente al llamado Terreiro del Trigo, fué donde tuvo lugar el auto de fé en que se quemó al sábio Dr. D. Antonio Homem.

Al terminarse el auto se dió lectura de la sentencia, condenando los libros del doctor, en virtud de la cual fueron pasto de las llamas tres grandes cestos de volúmenes. Era justo que con el hombre de talento ardiesen también las obras de otros géneos que procuraban difundir las luces que más tarde habían de ser las que condenaran al sagrado tribunal.

En la relación de los penitenciados el día 5 de Mayo de 1624, que tenemos á la vista, se halla una Memoria particular de este suceso y del monumento que se levantó en el mismo término que expresa la sentencia. No nos consta que esté impresa la inscripción colocada en el padron y que ahora publicamos. El documento á que aludimos es el siguiente:

«Memoria particular perteneciente á la sentencia del Dr. Antonio Homem, llamado vulgarmente *autor infeliz*, que salió en el auto de fé de Lisboa el día 5 de Mayo de 1624. Fué al quemadero con una caperuza en la cabeza, en vez de aquella mitra con que él celebraba las fiestas de los judíos. Era un hombre alto, bien dispuesto, de sesenta años de edad. Fué hijo de Jorge Vas Blandan, cristiano nuevo (X. n.), y de una mujer que era hija bastarda de Gonzalo Homem, de la villa de Aveiro, y de su primera mujer Brites Nuñez, hija de Gonzalo Nuñez Cardoso, llamado el Rico, de Aveiro, y todas personas muy nobles.

»Fué el reo preso en Coimbra y vino á Lisboa, y después de ejecutada la sentencia dispuso la gente de la nación hebrea formar una Hermandad con la denominación de San Antonio, canónigo seglar, y se hizo la advertencia al Prelado que tal no consintiese, por descubrirse mucha malicia bajo este título, en pretender por este medio que en culto público se venerase á dicho Antonio Homem; pero no lo consiguieron, porque se les negó la licencia.

»El sitio donde en Coimbra estaban las casas de Antonio Homem, es el barrio de las Ollerías, en una plaza que quedó allí, por mandarse demoler por sentencia del Santo Oficio, que así lo ordenó, y que en dicho sitio se levantase un padron alto de piedra blanca, para que en él se declarase lo referido: fué puesto, en efecto, el citado padron de dos piedras á lo alto, una encima de otra.

»En Mayo de 1705 celebráronse en Coimbra unas funciones al general de Santa Cruz, D. Gaspar de la Encarnación, que era hermano de D. Francisco Galvan, secretario de Justicia, electo nuevamente, y en ocasión de ir pasando una turba de enmascarados por aquel barrio, uno de los que en ella iban, natural de Beira, estudiante de medicina, cristiano nuevo, se separó de sus compañeros, se echó á correr y fué á abrazarse con dicha columna que formaban las dos mencionadas piedras, una sobre otra, y al mismo tiempo cayó la piedra de arriba y magulló al estudiante, en términos, que sin poder articular una palabra acabó allí miserablemente la vida.

»La inscripción del padron que se mandó poner en las casas ó sitios en que vivió el Dr. Antonio Homem, decía así:

«Estas casas mandó arrasar y salar el Santo Oficio, para que nunca más se reedificasen, por haber tenido en ellas de ordinario Juntas de la nación hebrea, las cuales cuando con ritos y ceremonias judaicas celebraban los ayunos solemnes de la ley de Moisés, asistiendo á ellas como Sumo Sacerdote el Dr. Antonio Homem Leitan, catedrático de prima de cánones que fué en esta Universidad de Coimbra, canónigo doctoral de la catedral de la misma, relajado á la justicia secular en el auto de fé que se celebró en la Ribera de la ciudad de Lisboa el 5 de Mayo de 1624, siendo inquisidor general en estos reinos el Ilustrísimo Sr. D. Fernando Martín Mascareñas; y en memoria de lo referido se mandó levantar aquí esta Memoria.»

La redacción de esta inscripción nos dispensa de otros comentarios, y por lema de este monumento pondremos aquí las palabras de Barbosa Machado, en su biblioteca, donde, al hablar del Dr. Antonio, dice: «... Aunque su nombre será un recuerdo de horror en la posteridad, siempre ha de ser conocido y respetado por su gran sabiduría.»

El padron inquisitorial ha desaparecido de la vía pública y con él también el horror legado á la memoria de tan ilustre sábio, para recaer toda la indigna-

ción de la gente honrada sobre el Tribunal del Santo Oficio y sus verdugos, porque la posteridad se horroriza de los tiranos, mientras santifica á las víctimas.

Acerca del padron referido arriba, el ya citado diario *El Anticuário Conimbricense* dice que en 1841 existía en el portal de una ollería, al final de la calle de la Moneda, y que era una piedra de cuatro palmos de larga y diez pulgadas de ancha. La inscripción estaba de tal manera borrada, que no podía leerse.

Este monumento fué trasladado al edificar el Gobierno civil, donde se proyectaba reunir todos los que se encontrasen esparcidos por la ciudad.

El manuscrito de donde el referido diario de Coimbra extractó la sentencia del Dr. Antonio Homem, contiene igualmente otras noticias acerca del mismo profesor universitario, y en ellas se afirma que la persona que estaba retratada en el retablo á que se refiere la sentencia, y que fué relajada á la justicia secular, era el fraile capuchino Fray Diego de la Asunción.

Y con efecto; en el auto celebrado en Lisboa en el sitio de la Ribera el día 5 de Agosto de 1803, murió quemado vivo un fraile de aquel nombre, y en la lista respectiva aparece indicado del modo siguiente:

«Fray Domingo de la Asunción, natural de Viana de Canisña, profesor de la orden de San Francisco, de San Antonio del Corral, que se hallaba ordenado de Evangelio. Por hereje, apóstata, pertinaz y por defender la ley de Moisés y perseverar en su creencia confeso y convicto, fué quemado vivo»

Se continuará.

NICOMEDES DURÁN Y PEREDA.

## EL TRABAJO MANUAL

Todo cuanto en la escuela de la niñez tienda á dar un sentido práctico y de aplicación á los conocimientos que abraza el programa rudimentario pero enciclopédico de la primera enseñanza, acusará siempre un verdadero y utilísimo adelanto.

Dar á la enseñanza un carácter puramente científico, extendiéndose al enseñar en meras abstracciones ó en estériles teorías, es en general fantasear y por ende no conseguir ningún fin utilitario; pero llevar este criterio á la enseñanza de la niñez, es completamente irracional y soberanamente absurdo.

Forzoso es, en consecuencia, suministrar al niño conocimientos de aplicación inmediata y de tangible utilidad. Respondiendo á fin tan fecundo, se vienen ensayando en muchas escuelas del extranjero los llamados *trabajos manuales*.

El carácter de *generalidad* que reviste la instrucción primaria, se acomoda perfectamente á este linaje de ejercicios. La escuela de primera enseñanza es una especie de gimnasio, á donde hay que acudir en busca del desarrollo del niño, bajo el cuádruple aspecto físico, intelectual, estético, moral y religioso, procurando que este complejo desenvolvimiento, se verifique integralmente y por modo graduado y armónico.

Pero no ha de contentarse con esto el educador. Precisa que la marcha de todos estos estudios, de verdadero carácter rudimentario en las escuelas primarias, se enderece á un fin práctico, teniendo en cuenta que la generalidad de los educandos, no ha de vivir ulteriormente á expensas de una carrera científica, sino que, por el contrario, se ha de consagrar inmediatamente, sin otro género de cultura, al aprendizaje de un arte ú oficio que en el resto de su vida ha de ser su único *modus vivendi*, constituyendo su verdadero y exclusivo patrimonio.

De aquí arranca la justificada necesidad que sale al paso de los modernos educadores, reclamando para el niño que abandona la escuela una preparación que le disponga en grado conveniente para conocer los secretos de un arte ó el mecanismo racional de un oficio, colocándole por encima de la rutina y del empirismo, á la altura de un artista que no sólo imite servilmente, sino que cree, impulsando de esta suerte el movimiento, de las artes mecánicas y abandonando con gran provecho suyo el trillado camino de sus antecesores.

A este fin tan laudable se dirigen los esfuerzos hechos por las personas que se preocupan del adelanto real y efectivo. En esta época de movimiento y de progreso, no satisface ya á nadie lo conocido: se necesita novedades en todos los terrenos y en todas las esferas. En Pedagogía la idea hoy dominante es la del *trabajo manual* en las escuelas.

Los franceses, por vía de ensayo, agregan talleres á las escuelas de París, para dar á los niños una ins-



trucción teórica y práctica en los trabajos manuales. con el fin de que al terminar la primera enseñanza, se hallen en disposición de ganarse la subsistencia con su trabajo. En Alemania es esta idea motivo de grandes controversias.

Sabido es que Dinamarca ha tomado la iniciativa, gracias á los esfuerzos de Clausson Kaas, y que en Suecia el rico comerciante Abrahamson fundó y sostiene la Escuela Normal de Naas para preparar maestros que sepan dirigir esta enseñanza. En esta nación es donde verdaderamente ha tenido mejor acogida, no sólo el sistema de Abrahamson, sino también el de Kaas. Hay ya dos Escuelas Normales y algunas primarias, en las cuales esta enseñanza es obligatoria, si bien no se ha llegado aún á darle una organización bien determinada. Verdad es que Suecia aventaja á todos los países en sacrificios por la primera enseñanza, tanto por parte del Gobierno y los municipios, como por los particulares; de tal modo que hasta los lapones saben leer y escribir.

Contrayéndonos; no obstante, á los trabajos manuales, se observa que el pensamiento de los Gobiernos que realizan este ensayo, se encamina á restablecer un sistema general de educación nacional, en el que todos los alumnos reciben una enseñanza profesional que les haga aptos al cabo de cierto tiempo para ejercitar un verdadero oficio. Al efecto se han establecido talleres junto á las clases. Dos veces al día algunos niños reciben las lecciones de hábiles y honrados oficiales. Hasta ahora la ebanistería ha sido la preferida, enseñándose á los niños los nombres y el manejo de las herramientas principales, las diferentes clases de maderas y sus usos más corrientes.

Tales ensayos han dado resultados sorprendentes, haciéndose notar desde luego, la facilidad y gusto con que los niños manejan las herramientas, y la vocación decidida que sienten hacia los trabajos prácticos. Así al menos resulta de los informes evacuados por comisiones facultativas constituidas *ad hoc*.

Resulta de todo, que son varias las naciones que se ocupan en generalizar la organización de los trabajos manuales en las escuelas, y en crear los talleres de aprendizaje al lado de las clases, para extender por modo eficaz la instrucción técnica entre las clases populares.

Entre tanto, nosotros seguimos en este punto de la educación popular, como en otros muchos, aislados de ese benéfico movimiento y condenados á marchar en la retaguardia si es que por menguada fortuna nos movemos.

Verdad es que no disponemos de los elementos materiales que disfrutan otros pueblos europeos, que mencionamos en este modesto trabajo; pero no nos consideremos tan pobres ó tan privados de iniciativa para plantear estas fecundas reformas, por lo menos en Madrid y en muchas capitales de provincia.

Hoy sería muy conveniente y también factible llevar por vía de ensayo estos trabajos á las escuelas llamadas impropia *superiores* de niños, con especialidad á las que sostiene el Ayuntamiento de Madrid, cuyo municipio gasta una crecida cantidad en el material, invertida, á decir verdad, con escasísimo acierto.

EUGENIO CEMBORAIN Y ESPAÑA.

## NOTICIAS ARQUEOLÓGICAS

En Sommeval, Francia, se ha encontrado cerca de una vía romana y á una profundidad relativamente considerable, una pequeña estatua que representa una divinidad pagana; es de un metal precioso mezclado con oro nativo. El zócalo sobre que descansa es de cobre y afecta la forma de una media luna, en cuyo diámetro se observan las señales de soldaduras de estaño, lo que hace suponer que el objeto se podía unir á una insignia militar ó religiosa.

La diosa, que varios pretenden es la Reserva, aparece sentada sobre una especie de tronco de árbol ó trozo de columna; tiene la cabeza ceñida con una diadema destinada á sujetar los rizos de su cabellera. La cabeza, bastante expresiva, está ligeramente inclinada como para mirar algunos frutos que se hallan depositados en una especie de tablero que la divinidad sostiene con sus manos.

Los vestidos, cuyas telas descienden graciosamente en pliegues ondulados, se asemejan á los trajes ordinarios con jubón; pero lo notable son dos alas medio desplegadas de que la estatua está provista; podía creerse que era la representación de un ángel antes bien que la de un personaje mitológico.

El *Journal de Lot et Garonne* dá cuenta de un hallazgo que acaba de hacerse en la aldea de Saint-Romain, canton de Bourg-de-Visa.

Excavaciones recientemente practicadas en un campo, han

puesto á descubierto los restos de una casa de campo romana. Apenas comenzaron los trabajos, se encontraron numerosas monedas de los reinados de Adriano, Constantino, etc.; fragmentos de columnas y mármoles de diversos colores, muros pintados al fresco, gran cantidad de aposentos, inmensas salas que sin duda servirían para las reuniones de familia; y por último, un mosaico admirable de 80 metros de largo por 3 de ancho, tan hermoso bajo el punto de vista del dibujo como de la composición.

Al lado de aquella posesión, se levantaban modestas construcciones, donde probablemente trabajaban los esclavos.

Aunque han trascurrido 1.600 años desde la desaparición de esta morada, parece que fué abandonada no há mucho tiempo, pues los objetos hallados se encuentran en perfecto estado de conservación.

El profesor Rossi, inspector de excavaciones, acaba de descubrir cerca de Nervia un anfiteatro romano, construido en piedra turbia muy pulimentada. La parte descubierta del muro exterior y una gran puerta, se dice que son de una solidez y belleza admirables.

Acaba de hacerse en Italia un descubrimiento arqueológico de gran importancia, cual es la aparición de una ciudad subterránea cerca de Manfredonia, al pié del monte Gargano, que se cree sea la antigua Sipontum, de que hablan Strabon, Polivio y Tito Libio, que desapareció á consecuencia de un temblor de tierra.

Entre los monumentos encontrados cuéntase un templo á Diana, un pórtico de 20 metros de longitud y una necrópolis de 15.000 metros cuadrados. Muchas de las inscripciones han sido remitidas al museo de Nápoles.

El gobierno italiano ha dispuesto que continúen las excavaciones en gran escala.

Las exploraciones que se han estado haciendo en Atenas, bajo los auspicios de la Sociedad Arqueológica de Atenas, han encontrado reliquias de una antigua civilización muy semejantes á las descubiertas por Schliemann en Micéas. Parte de los tesoros ya han llegado á Atenas, y consisten en ornamentos de oro, plata y marfil, y de una sustancia que se parece al vidrio. Aunque de la misma época que los de Micéas, son más finos.

Los túmulos de Utar están situados en el lugar que se conoce por Hacienda de Paison, y son en número de seis, que cubren un espacio de terreno como de 20 acres. Miden desde 10 hasta 18 pies de alto y de 500 á 1.000 en circunferencia. Durante años seguidos se ha estado cultivando el terreno y recolectando cosechas en la misma base de los hogares de los constructores de túmulos de tierra, sin que los afanosos labriegos del día, se preocupasen poco ni mucho acerca del cómo ni del cuándo vinieron allí los que les precedieron. Cosa de dos años há, sin embargo, algunos vecinos, llevados de una ingobernable curiosidad, ó del deseo de encontrar tesoros fabulosos, se propusieron hacer excavaciones en dichos túmulos. Las practicadas hasta ahora no han revelado riquezas ni joyas de valor; pero si han probado, á no quedar duda, que aquí existía en otro tiempo una raza de seres humanos, mucho más ilustrada que la india encontrada por los europeos, y cuyos recuerdos remontan á centenares de años pasados.

En 1876, excavando uno de los túmulos más grandes, se descubrió un pié humano, y removida la tierra endurecida, se sacó á la luz intacto el esqueleto á que pertenecía. Medía éste seis pies, seis pulgadas de largo, y según toda apariencia, era de varón. En la mano derecha portaba un arma pesada de hierro ó acero que habían enterrado con el cuerpo, pero que se hizo polvo no bien se la tocó. También se encontraron cerca del esqueleto pedazos de madera de cedro, cortados en varias formas fantásticas y en estado perfecto de conservación, cuyas talleaduras demostraban que el pueblo desconocido conocía los instrumentos de corte. Encontróse asimismo una pipa grande de piedra con el tubo metido en la boca del esqueleto. Pesaba cinco onzas el recipiente de la pipa, hecho de piedra arenisca y cavado, en toda apariencia, con un taladro.

Los antiguos moradores del país dicen que en efecto existía aquí, hace más de 1.400 años, una raza de gentes que pertenecía á la tribu dicha de los Neftas, los cuales parece que tuvieron guerras con sus enemigos los Lamónitas. Cerca del anterior se descubrió otro esqueleto, que no era tan largo y debió ser de mujer. A la cabeza de éste se hallaba una losa sepulcral de piedra bastante bien tallada, y el suelo inmediato estaba cubierto de un elemento duro, en toda apariencia parte de la sólida roca, la cual cortada tras un trabajo rudo, se logró penetrar, revelando que no era sino el ángulo de una caja en que se encontraron hasta tres pintas de trigo en granos, la mayor parte de los cuales se deshicieron apenas les dió la luz y el aire. Algunos de dichos granos se plantaron y crecieron jozanos; pero el trigo es de una especie muy diferente del que se cosecha en el país.

En los túmulos dichos se han descubierto habitaciones, cuyos cuartos se hallan tan perfectos como en el día en que se fabricaron. Todas las paredes están revocadas, unas de blanco, otras de rojo, y se han sacado utensilios de barro y de cocina. En uno de los jarros de piedra, se puede advertir el trazo perfecto del perfil de las montañas que se elevan á 20 millas de este lugar. También se han encontrado varias muelas de molino para moler maíz y muchas mazoreas despojadas del grano medio carbonizadas, que no distan mucho de las que se conocen en el país bajo el nombre de maíz diente

amarillo; agujas hechas con el cuerno del venado; hormas de piedra para zapatos; cuentas de mármol; una especie de diminutos pequeños cuadrados. Estos y otros dijes por el estilo, muy curiosos, si bien no se puede adivinar el uso á que estaban destinados.

Hace años que se había borrado y perdido para curiosos y eruditos, una inscripción antiquísima que se encontraba escrita en los muros de la casa donde vivió el famoso centurio romano San Marcelo, en Leon.

La comisión de monumentos históricos y artísticos de aquella provincia, ha mandado abrir la antigua inscripción en una grande piedra de mármol de Carrara que está ya fijada sobre la casa de San Marcelo, y que dice así:

CHRISTO CRUCIFIXO  
SUB CIGNOMENTO HISPANO DE LA VICTORIA  
HOZ SACELLUM  
QUONDAM SANCTI MARCELLI CENTURIONIS ET MARTYRIS DOMUN  
S. P. Q. L  
TANTI VIRI MEMORIAM  
IPSIUS PRAESERTIM PRO CHRISTIANA RELIGIONE PUGNAE ET  
VICTORIAE POSTERORUM EXEMPLO SERVANDI ERGO  
D. D. D.  
PASSUS EST TINGI SUB IMPP. DIOCLETIANO ET MAXIMIANO  
IV. KALEND. NOV. ANICIO FAUSTO II ET VIRIO GALLO COS.  
AN. DOM. CCXCXIII.

Su traducción al castellano es esta:

*El Senado y pueblo de Leon donó y dedicó á Cristo crucificado bajo la advocación de la victoria, esta capilla que fué en otro tiempo la casa de San Marcelo, centurion y mártir, á fin de que se conserve para ejemplo de la posteridad la memoria de tan gran varón, principalmente la de su lucha y victoria en favor de la religión cristiana. Padeció el martirio en Tanager bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano el día 29 de Octubre, siendo cónsules Anicio Fausto por segunda vez y Virio Galo, año del Señor 298.*

La Sociedad de arqueología bíblica de Londres acaba de recibir un gran número de antigüedades sumamente curiosas, que se remontan á los tiempos del antiguo imperio babilónico.

Es notable, entre otros, un busto de una estatua, de grandes dimensiones, de basalto negro, con una inscripción en que se hace referencia á un monarca llamado Gudea.

Este monumento y su inscripción ofrecen un vivo interés por pertenecer á una época bastante remota, y dá los nombres de muchas divinidades de Babilonia.

Dichas antigüedades han sido descubiertas en Zerghonb, en la Babilonia Oriental, por el coronel W. F. Prideaux, representante del Gobierno británico en Bushire.

Acaban de descubrirse en Estoy, pueblo situado á dos leguas de la ciudad de Faro, en el vecino reino de Portugal, las ruinas de una ciudad enterrada, que se cree debe ser la antigua *Ossonoba*.

Acerca de este curioso descubrimiento, da un periódico portugués los siguientes detalles:

«Apareció primero un campo mortuorio, en el que se hallado intactos multitud de huesos, si bien muy frágiles á causa de su gran antigüedad. Hanse encontrado esqueletos completos, y junto á los mismos diversos adornos, como brazaletes, anillos, etc. Este hecho es curiosísimo y atestigüa la grandeza de la necrópolis. Siguióse despues la exhumación de unas termas con sus *tepidarium* é *impluvium*, revestidos de mosaico que representan peces y moluscos de esmerado y curiosísimo trabajo, sobre todo por los cambiantes de la graduación del color de las piedras que componen las figuras.

» Hay piscinas de mosaico que parecen construidas recientemente, á causa del buen estado de conservación y limpieza en que se hallan. Encuéntanse también vasos y joyas, monedas, etc. Las columnas de mármol halladas, casi todas de orden corintio, tienen capiteles perfectamente trabajados.

» La grande y variada colección de exquisitos mármoles; la perfección del trabajo de los mosaicos; la extensión del terreno exhumado; la necrópolis, etc., dan sorprendente idea de la grandeza y riqueza de la sepultada ciudad.

» Hanse encontrado muestras de excelentes pórfidos, idénticos á los extraídos de las termas de Caracalla y del palacio de Tiberio en la isla de Capri.

» También se han axhumado lagares de aceite, molinos de trigo compuestos de grandes piedras, idénticos á las que Fiorelli encontró en Pompeya, y varios monumentos, entre ellos uno de mármol blanco, en el que se lee la siguiente inscripción: VLDI-VI-AN-III M-VI-D-XIII, que traducido significa: Uldi vivió tres años, seis meses y trece días.

» La catástrofe debió ser producida por un terremoto verificado, según los indicios, en el sentido de Oriente á Poniente.

Podemos ampliar los datos del colega portugués con las siguientes curiosas noticias:

*Ossonoba* estuvo situada en la antigua *Turdetania*, región muy poblada, cuyas ciudades más importantes fueron, además de la antedicha, capital de toda la región *Lacobriga* (Lagos) y *Balsa* (Tavira).

*Ossonoba*, residencia del Gobierno de la colonia romana, distaba dos leguas de Faro, que era entonces un pequeño fuerte destinado á guardar la barra del río (hoy seco), que pasaba junto á la referida ciudad.

Consérvase en la Cámara municipal una piedra que da luz sobre la forma del Gobierno colonial de *Ossonoba*. Compone-



niase éste de seis magistrados (sextumvir), especie de Gobernadores de provincia. La piedra contiene la siguiente inscripción:

E. I.—CORNELIUS-ERIDANVS-C-IV-NIVS-RECEGTVS-OB-HONOREM-IIIH-VIR-D.—S.—P.—D.—D.—Parécenos que su traducción es la siguiente:

Marco Cornelio Eridano y Cayo Junio Recepto, á causa de la honra del sextumvirato, dedicaron esta lápida para recuerdo. Las letras E. I. son las iniciales de los elegidos, que, agradecidos á tal honor, quisieron conmemorarlo.

Las excavaciones han adelantado muchísimo, y cada día aparecen nuevas curiosidades. En un *impluvium* el pavimento es de mosaico, de admirable trabajo y gusto y perfectamente conservado. Está formado de piezas de todos colores, del tamaño y forma invariables de un lado.

Todas conservan la marca del fabricante, consistente en un círculo, y tienen á la vuelta las palabras VER FRONTINIANI. En el centro de la leyenda existe un rombo ó losange atravesado horizontalmente por una recta, marca auténtica de Frontiniano.

Háanse encontrado varias monedas de las que circulaban por la ciudad. En su anverso se ve un navío que tiene encima la siguiente leyenda: OSO-NVBA, y en el reverso un pez. El cuño es bastante saliente.

Los pedazos de vidrio que se encuentran son muy curiosos; la materia, ya descompuesta, presenta todos los colores del prisma.

Las excavaciones hechas comprenden un circuito de trescientos metros de radio.

A lo dicho hay que añadir que Ossonoba, en los primeros tiempos del cristianismo, fué Sede episcopal, siendo uno de sus obispos, Vicente, que asistió al concilio Hiberitano; también tuvo otro obispo llamado Itacio ó Idacio.

Plinio, entre otros, habla de Ossonoba como una de las ciudades de la antigua Bética y próxima al *Promontorium Saerum* (Cabo de San Vicente).

Andrés Rezende, en su libro de *Antiquitates Lusitanæ*, libro 4.º, da noticias sobre el mismo asunto y transcribe diversas inscripciones ó *cippus*.

Por último, D. Rodrigo Caro, en sus *Antigüedades de Sevilla*, confundiendo dicha ciudad con Onuba (Huelva), dice que ocupaba el sitio donde hoy existe *Estombar*, á nueve leguas de Faro.

El año pasado, recorriendo nosotros varios pueblos de la provincia de Cáceres, encontramos en el de Zarza de Granadilla tres inscripciones romanas, desconocidas hasta hoy de los anticuarios.

En la plaza de la Iglesia, sobre la portada de la casa que acababa de labrar nuestro amigo D. Juan J. Gordó, está empotrada en la pared una larga piedra, con la siguiente inscripción partida:

.....  
.....  
A M N. XVÜ...  
D O B I T E I M...  
M I E R. D. S F C...

Esta lápida ha sido encontrada á dos leguas de la Zarza, en el lugar donde estuvo asentado el antiguo pueblo *Cáparra*.

En la calle del Meandria, á la puerta de la casa de Tomás Blanco, edificio construido en 1783, se encuentra otra piedra con esta otra inscripción:

M O D E S T  
V S. M E R N  
... I. L I M I C  
.. H. N X X V  
... I I ... M E.  
F. E R A T R I  
E. G. H. T. T.

Segun nos refieren los dueños de la casa donde está la anterior inscripción, esta piedra apareció en los olivares que hay á tres kilómetros del pueblo, donde estuvo antiguamente asentado *Vitoria*, en las orillas del río Ambró, donde continuamente aparecen restos muy antiguos. Próximo á *Vitoria*, un poco más á la izquierda, estuvo el antiguo pueblo denominado *San Miguel*. Los archivos de estos dos pueblos, que desaparecieron en el siglo XIII, pasaron á la parroquia de la Zarza; pero hoy no existe noticia alguna de ellos.

En la calle del Altozano, sobre la portada de la casa de Martín Pastor, hay otra piedra gentilicia, donde encerradas en un cuadro se dan dos figuras sobre pedestales. La primera, la mayor, tiene una ánfora en la mano derecha, y la izquierda la tiene levantada.

La inscripción que acompaña á estas figuras es la siguiente:

O N G I. V S  
L G O V I. I. F  
V X O R I. F. C.

Saliendo de la Zarza, en dirección de la Granja, y tocando á las tapias del pueblo, hay una columna miliaria en el más perfecto estado. Su inscripción es la siguiente:

A V G. P O N T I F. M A X.  
T I B. P O T U G O S.  
I T I R E S T I T V T.  
G X V I I.

El pequeño fragmento de la primera inscripción no puede leerse; la segunda es una sepulcra; la tercera es una curiosidad gentilicia, y la cuarta una *miliaria*. En los campos de *Vitoria*, como en las inmediaciones de *Cáparra*, aparecen

frecuentemente restos romanos y monedas antiguas que los del país suelen no apreciar lo bastante.

En Béjar, la antigua *Deobriga*, se ha descubierto una lápida hebraica con la siguiente inscripción: MI SEÑOR, Ó MI SOBERANO; ME HALLO ANTE TU PRESENCIA, TÚ, AMADO MIO, PROTEGE MI CASA. Esta piedra la ha mandado colocar el Ayuntamiento en el local de la nueva escuela de niñas que ha levantada en el palacio del duque de Béjar, donde se encontró esta inscripción hebraica, y con la cual apareció también una moneda rarísima, que conserva en su monetario el hoy depositario de los fondos de aquel Municipio. Dicha moneda tiene por el anverso la siguiente inscripción: NUESTRA SEÑORA DEL PUERTO: en el centro un palacio, debajo de una corona ducal; por el reverso un escudo bajo corona ducal, y esta inscripción: FÁBRICA REAL DE BEJAR.

Repetimos que lápida y moneda han sido halladas en los derribos que poco há hacían en el antiguo palacio del duque de Béjar, y no está demás que digamos aquí algo de los duques que dan nombre á este histórico edificio, fortaleza árabe en otros tiempos, y alcázar más tarde del poderoso señor Don Alvaro de Zúñiga, primer duque de Béjar, por gracia de los Reyes Católicos. El célebre feudal D. Alvaro de Zúñiga, antes de ser duque de Béjar, era ya conde de Plasencia y duque de Arévalo, títulos que le confirmó D. Enrique IV, porque ya los tuviese con anterioridad á su reinado.

El palacio ó castillo de Béjar debe ser obra del siglo XII.

En una cueva abierta en la proximidad de las cumbres de la Isla de las Palmas, en Canarias, halló hace pocos días un cazador varios restos antiguos y dos esqueletos de mujer en buen estado de conservación. Estos restos deben pertenecer á canarios primitivos, mejor dicho, á los *guaniches*, segun el traje de juncos y polainas de cuero que tenían puestos.

En las inmediaciones de Alculdia y en un sitio donde se supone que los romanos tuvieron su necrópolis, se han empezado á practicar minuciosas excavaciones, hallando en las primeras hasta 40 objetos de cerámica, amollas, cacharros, lámparas y otros objetos de remota antigüedad.

Es de esperar que, prosiguiéndose en los trabajos, se descubran restos importantes que den suficiente luz sobre la población celta ó romana que hubo en las inmediaciones de Alculdia.

La Comisión de monumentos históricos de la provincia de Valencia, se ha constituido en el castillo de Sagunto para reconocer algunos restos de pavimentación romana, que resultan de escaso mérito, y disponer nuevas excavaciones, en la seguridad de que no han de ser estériles.

Habiendo indicado varios turistas la existencia de grabados en las rocas del Valle del Infierno, á una altura de 1.800 á 3.000 metros, fueron comisionados los Sres. Riviere y de Wesley, para buscar y estampar estos grabados. Dichos señores han recorrido dicho valle desde el pico del Diablo hasta el monte Bergo, visitando los lagos Lunghi y Maravillas y los desfiladeros y mesetas de aquellas escarpadas soledades. Han reunido más de 400 dibujos estampados en las rocas. Entre otros, se ven cabezas de buey y de otro animal difícil de precisar; puñales, cuya forma recuerda las armas de la edad de bronce; puntas de flechas y lanzas celtas; hachas de sílex con mango; arados, dos cabezas de bueyes unidas por una especie de yugo; y, por último, la grosera silueta de un cuerno humano.

Las gentes del país atribuyen estas esculturas á los soldados de Anibal; pero es de creer que no pasó por allí el ejército cartaginés. Las rocas son de la misma naturaleza mineralógica, y están perfectamente lisas. Los indicados señores creen que dichos grabados forman una especie de escritura geroglífica, que se remonta á una gran antigüedad, y así se proponen demostrarlo.

En unas excavaciones verificadas poco há en Mérida se ha encontrado una lápida con la siguiente inscripción:

B R A C A R I V S  
F E L E X V I X I T A N  
N O S L L R E C E S  
S I T N O N A S A P R I L  
E S E R A C C C C X  
V I I I

que traducida al castellano, dice así:

«El sastre Félix vivió cincuenta años y murió el 3 de Abril del año 419.»

También se han encontrado varias ánforas y candeleros romanos.

En el departamento del Estado de Washington se ha recibido una carta, fechada en Atenas á fines de Mayo último, en que el general J. M. Reed, encargado de Negocios en esa capital, da parte á su Gobierno del descubrimiento hecho por M. S. Commanderlis, erudito Secretario de la Sociedad Arqueológica de Atenas, del monumento que, segun Tucídides, había erigido Pisistrato, hijo de Hípías y nieto del tirano de aquel nombre. La piedra, que yacía olvidada á la margen derecha del Iliso, al Sudoeste del templo de Júpiter Olímpico, lleva una inscripción que reza como sigue en castellano: — «Este monumento, á su ascension al poder, dedica en el tem-

plo de Apolo Pitio. Pisistrato, Hijo de Hípías.» — El descubrimiento de esta piedra singular fija el sitio del templo mencionado, que hasta aquí no se conocía. El monumento lo ha adquirido la Sociedad Arqueológica, é inmediatamente será trasladado al Museo griego de Varvakion.

Entre los nuevos descubrimientos en Pompeya se encuentra un despacho de vinos, adornado toscamente con imitaciones de mármol al fresco. En el podium del cuarto del frente hay una faja de estuco con cuatro grupos pintados en fondo blanco. El primero representa un jóven besando á una moza vestida de amarillo, con zapatos negros, la cual, segun el letrado que se ve al pie, dice: — «No quiero que me beses. Ve á tu Mirtalis.» — El segundo representa á la jóven hablando con otra, quien probablemente es la Mirtalis de que se trata, porque bajo esta figura se lee: — «El no es nada mio.» — Ambas señalan para una muchacha que se acerca con una ánfora de vino y un vaso. En el tercer grupo hay dos jugadores, con un tablero de damas en sus rodillas, en el acto de jugar á los dados. El cuarto grupo los representa riñendo, y el vinatero los empuja fuera, diciendo: — «Id á reñir á la calle.»

Tortugas marinas, moluscos y cocos se han encontrado en túmulos de tierra en Colorado meridional. Dichos túmulos forman una vasta cordillera á 13 millas del pie de los montes Pedregosos. Uno de ellos mide cuatro millas de circunferencia en la base y crecen árboles lozanos en su cúspide, encontrándose debajo de la superficie madera petrificada y convertida en ágata. Créese que los túmulos estos fueron islas siglos há.

Las excavaciones arqueológicas que continúan practicándose en Roma, han dado lugar á algunos descubrimientos interesantes. Enfrente de la puerta Maggiore, en la region del Esquilino, se han encontrado varias *colubarias* con inscripciones que datan del fin de la República y de los primeros tiempos del Imperio, y dos vasos de cristal, los únicos que hasta ahora se habian descubierto en Roma. En la parte inferior de una de las *colubarias* se ha hallado una abertura que comunica por una larga galería con cuatro salas, en las que habia varios nichos y urnas cinerarias en mármol de Páros con grupitos esculpidos, representando ritos funerarios. En el nuevo barrio del Esquilino se han encontrado dos cabezas de tamaño natural, representando á Faustina Jeinier y á Conrado Niño, y gran número de arcos en piedra volcánica conteniendo huesos humanos, cuernos de ciervo y epitafios referentes á las familias Octavia, Aunia, Domicia y Marcia. En el barrio de Castro Pretorio, se ha descubierto un templo pequeño construido á expensas de varios pretorios en honor de alguna divinidad ó emperador; la base de este edificio es rectangular, y está cubierta con las inscripciones de los soldados que contribuyeron á la construcción del templo.

M. Nostrakis, negociante en antigüedades, que vive en Atenas y hace excavaciones por su cuenta, informa que el resultado de las que ha practicado en Milo hasta el mes de Julio último, ha sido como sigue:

1. Una estatua de Neptuno, quizás de origen romano, con una inscripción.
2. Una estatua de mujer con un pequeño Cupido, del buen periodo del arte griego, sin cabeza. El Cupido está intacto.
3. Un busto bien modelado y del buen periodo del arte griego.
4. Un caballo con un hombre montado, del tamaño natural y del arte griego. El caballo no tiene orejas.
5. Una estatua de otra mujer con los brazos extendidos, del tamaño natural. Del arte griego.
6. Dos ó tres cabezas, muy bien conservadas y de hermoso mármol transparente. Se supone y espera que también parezcan los cuerpos que pertenecen á esas cabezas.
7. Muchos brazos, del arte griego.
8. El brazo izquierdo de la Vénus de Milo, y la mano, que, sin embargo, está dividida por la muñeca. La última se encontró primero y el brazo enseguida, el cual termina en el hombro exactamente donde falta el de la Vénus de Milo, hoy en el museo del Louvre. En su origen la mano estaba unida al brazo por medio de un hierro. Por el modelado exquisito, sino por aquella circunstancia, no cabe duda que el miembro ese hacia parte de la estatua en otro tiempo. La mano sujeta un espejo de mármol, bien ejecutado. El sitio donde se hizo el hallazgo se llama Clima, cerca de la costa occidental de la isla.

Hace ahora catorce años, Juan Saramaskos, tío de Teodoro Nostrakis, más arriba mencionado, encontró en su jardín, cerca del sitio en que actualmente se están practicando grandes excavaciones, una larga losa de mármol. Habiéndola levantado, vió debajo una escalera también de mármol. Por entonces el hombre no pudo ó no quiso entrar en mayores excavaciones, sino que volvió la piedra á su lugar, cosa de que ningun otro le disputase la gloria ó la fortuna del descubrimiento. Murió entretanto Saramaskos, sin tiempo más que para indicar por señas á su sobrino, padre de Nostrakis, donde se hallaba la losa, al pie de un moral. El sobrino olvidó ó no entendió la dirección; lo cierto es que no encontró la tal piedra por más trabajos y tiempo y dinero gastados en excavaciones infructuosas. Ultimamente, sin embargo, el padre de Nostrakis, que habia recibido en herencia el jardín, mientras cavaba la tierra para cultivarla, dió con indicaciones de está-



tuas antiguas y descubrió la de Neptuno, á la cual la punta del pico le sacó una buena lasca de la nariz.

Continúan en excitar la discusión las reliquias indios descubiertas en un túmulo cerca de Davenport, Iowa, por el reverendo J. Gass. Consisten de tablas de pizarra color oscuro, con grabados pintorescos, uno de los cuales representa una pira funeraria ó sacrificio, en torno de la cual se efectúa una danza. También aparecen 22 estrellas, el sol y la luna, en dos renglones escritos en un lenguaje de caracteres desconocidos. Por el reverso de la tabla, que más ó ménos mide un pié cuadrado y tiene 1 1/2 pulgadas de espesor, hay bosquejos de hombres, varios cuadrúpedos, entre ellos dos mastodontes, algunos pájaros y árboles. Otra tabla tiene un cuadrante con cuatro círculos concéntricos, en que están marcados los cuatro puntos cardinales, y doce equidistantes caracteres que se supone indican los signos del Zodiaco. No cabe duda que estas reliquias se encontraron, junto con restos humanos, entre capas de conchas, en un túmulo de tierra. De modo que si se colocaron con el propósito de engañar, la cosa se hizo con notable habilidad y destreza. Todas las personas competentes en el asunto, convienen en que si las reliquias son genuinas, son con mucho los tesoros arqueológicos más importantes, encontrados hasta ahora en los Estados Unidos.

Se han encontrado varios sepulcros romanos en Ratisbona, fuera de otros muchos encontrados antes, que se remontan hasta el siglo XIII. La mayor parte pertenece á la época de Constantino. Varias urnas contenían brazaletes y medallas de diferentes fechas. También se ha descubierto en el mismo sitio una de las puertas de la ciudad romana.

En el término de Grazelema (Cádiz) se ha descubierto poco tiempo hace, un curioso monumento romano, consistente en una estatua enorme de jaspe encarnado, propio del país, de un metro de altura, 37 centímetros de ancho en el cuerpo, 37 en las fajas del pié, 62 de cabeza, y de grueso 68 centímetros; total general: un gigantesco volumen, que bien pasará de 100 arrobas de peso.

El monumento tiene la siguiente inscripción:

MEMMIAE... F-  
AELI.....IAS.  
HYIC-ORDO-LACIDVLV  
DECREVIT LAVDATION  
IMPENSAM PVNERIS  
LOCVM SEPVLTVRAE  
MONUMENT-STAVAM  
AELAI M F-BASSINA  
MATER  
HONORE-ACCEPTO  
IMPENS-REMIS

cuya traducción literal, á nuestro entender y supliendo varias letras que le faltan, es esta:

«A Memmia Aelia Bassina, hija de Memmio: El municipio de los «Lacidulenses» acordó á ésta panegírico, gasto de entierro, lugar de sepultura, monumento y estatua. Su madre Aelia Bassina, hija de Marco, aceptó la honra, pero pagó todo el gasto.»

Se ha encontrado á unos 30 metros de la márgen derecha del Guadalete, como á cinco kilómetros del nacimiento de este río, y es el segundo monumento que se ha encontrado del «Ordo Lacidulesium», ó sea del municipio de «Lacidula», que así se llamó aquel pueblo hasta que Aben-Zalama lo bautizó con el nombre de su padre Zalama, ó Zalema, califa de Córdoba.

Acaba de descubrirse una villa romana en Clermont-Ferrand en el terraplen de la plaza de la Estrella.

A primera vista, dice un periódico de la localidad, se adquiere la certeza de que se está en presencia de una construcción que por su riqueza y dibujo recuerda las habitaciones de Pompeya.

El mérito del descubrimiento pertenece al coronel Champvallier.

Apenas empezados los trabajos del terraplen, llamó la atención del Sr. Champvallier, la gran cantidad de trozos de pared adornados con frescos de vivos y variados colores, de concepción original y de un sorprendente efecto por su disposición.

Pusiéronse en descubierto muros que presentaban el conjunto de una residencia de gran importancia.

Las pinturas que han podido salvarse y que cubrían las dos caras del muro representan, sobre fondo negro, aves pintadas con gusto, rodeadas de follaje. La parte superior está terminada por una platabanda decorada según el gusto de Pompeya sobre fondo blanco.

Lo que demuestra que esta villa ha debido ser adornada con lujo, es el haberse encontrado en los escombros de diversas habitaciones, dibujos muy variados que se prestan á muchas conjeturas; entre estos vestigios, depositados en la Biblioteca, recordamos dibujos que representan águilas romanas.

Otros adornos representan ramas de manzano con sus frutos. También se ven dibujados génius alados, unos á caballo y otros tocando diversos instrumentos.

NICOLAS DIAZ Y PEREZ

## COSTUMBRES Y LEYENDAS ARAGONESAS

### LOS CASTILLOS DE HERRERA

No pertenecen á ninguno Herrera, ni son castillos. Pero qué explorador curioso, ó arriesgado viajero, al atravesar el barranco de Morana, no queda suspenso en la contemplación de los disformes y gigantescos peñascos que entre los habitantes de la montañosa comarca del «Somontano» son conocidos por el epíteto de este artículo.

Majestuosos é imponentes alzáanse sobre el ala izquierda del Moncayo. Constan de tres irregulares y toscas prominencias, que, á manera de colosales y desdobladas estatuas graníticas, contemplan mudas los carrascales de Valdeabeja, que á sus piés se extienden, y el silencioso bosque de hayas donde brotan las fuentes de *La Tana* y *El Prado*, para deslizarse mansamente hácia el río Huecha, que fertiliza los campos, lugares, villas y aldeas de aquella vega bendecida y deliciosa.

Si el leyente, provisto como yo de bastón de garfio, paciencia y fuerzas convenientes, se propone seguir mis pasos, ofrézcole al llegar al término de nuestra jornada perosa, un táco ó refrigerio sabroso, consistente en bocado de jamón crudo, torta de Talamantes, longaniza de Alcalá de Moncayo y queso fresco de Añón, amenizado con varios *traquicos* del seco de Vera ó Borja, amen de la fresa y el *chordon* que entre las grietas de los *Castillos* encontramos.

Y supongamos que después de fatigosa ascension, hemos llegado al tercer parapeto de la mole, y que, aventurándonos á llegar á la cima, penetramos por angosto desfiladero que indudablemente ha de guiarnos á la *covacha* ó pequeño túnel que da acceso á la cúspide, corona ó explanada de la inexpugnable fortaleza natural.

Hémos ya en la praderilla.

Describámosla.

En toda su base, musgo al tobillo.

En el centro una pila cuadrada y bastante capaz, rebosando agua cristalina y clara como de manantial.

En derredor, á guisa de almena continuada, anchas crestas de peña, que en algunos puntos se eleva á tres metros, para mostrarnos hasta dos grutas ó profundos nichos artificialmente contruidos. Por las partes en que esta pared circular tiene un metro de altura, podemos distinguir con gran satisfacción, el vasto y sorprendente panorama que á nuestra vista se ofrece.

¡Qué espectáculo!... ¡Qué cuadro! Digno del pincel del Supremo Hacedor...

En la profundidad del barranco más cercano, eulebrea el arroyo, cuyo manso rodar se escucha monótono; se mecen las blancas hayas agitadas sus frondas por el cierzo, que, como gimiendo, oran y acompañan las melodías de las tórtolas y palomas torcaes; bala la oveja, y el zagalejo que la castodia pregunta cantando, *cuántos años ha de vivir*, á un *cuco* que contesta quizá, mofándose de la inocencia del *pastorcito*, ora con un *¡cu-cú!*, ora con doce...

Más lejos se divisan corralizas, vegas, montecillos, riscos... luego, vagamente, las torres de los villorrios mencionados, y, por último, el horizonte en su límite indefinido, donde se confunden las nubes con la superficie de la tierra.

Colocados á tal altura y admirando tamaña grandeza, cualquiera imaginación española poetiza, cualquier italiano canta, cualquier alemán filosofa, cualquier inglés calcula el precio de semejante observatorio, y cualquier cortesano compara la magnitud del paraje con las pequeñeces de las fórmulas sociales ó etiquetas de los salones...

El alma siente envidia de las águilas... Quisiera volar como ellas y precipitarse en vertiginosa aérea carrera.

Y el lector, después de todo esto, preguntará: ¿Y esa pila?... ¿Y esos dos nichos ó grutas?... ¿Y ese pequeño túnel por el que hemos penetrado?... ¿Son obras naturales?...

La tradición de los *Castillos de Herrera* es curiosa, para mí al ménos. Veámoslo.

No se fija con exactitud la fecha en que tuvo lugar el acontecimiento que paso á relatar, pero por seguro pueda tenerse que en Flandes hervía la guerra, y que los tercios castellanos diz que por aquél entonces *masticaban tacos de arcabuz* acosados por el hambre, y se *fumaban el dedo* á instancias del vicio de la pipa. Sabido es que aquellas contiendas ó los campos de aquellas batallas, albergaban cuantos truhanes y gente rufiana hacían de las suyas por acá, y que temerosos de ser apresados por corchetes y familiares, lanzábase á la ventura del guerrear con la mera intención de esquivarse de la vista justiciera.

Erase un Pero-Gil Angustias (que esto de nombres no hace al caso), de alma ruin y cuerpo también, manojo de ruindades, pues que raquíto era y contrahecho como sus acciones. Después de asestar algunas puñaladas por amor al dinero ageno, luego de cometer tropelías y perder á los dados las doblas y blancas mal adquiridas, tomó la determinación, magüer sus pésimas condiciones eran del remate, de alistarse para Flandes. Una doña Violante semi-bruja y amiga suya, habiale advertido que de cerca le andaba la meda del tormento, y natural hasta necesario en él era renunciar á tan amargo bocado.

Encontrábase Pero-Gil Angustias en Castilla, é ignorante en geografía, al azar hizo su primera jornada por la vía de Aragón, dando con sus huesos después de algun tiempo de caminar en Agüeda. De aquí continuó felizmente por senderos y montes enmarañados, y sólo hollados por las fieras, hasta que una tarde en que perdido se creyó (porque caminado habia desde el alba sin tropezar con persona viviente en su ignorada ruta, ni siquiera con lobo ni pastor), topó á la revuelta de un desfiladero con una desquiciada cabaña, y escudriñándola minuciosamente, y considerando, á pesar de no ser leguleyo, que *cosa de nadie es del primero que la ocupa*, desembarazóse del *zurron* y *cayado*, miró tres veces en su derredor, acarició la empuñadura de la daga que al cinto llevaba, lanzó fuerte y satisfactorio resoplido, sentóse á manera de árabe, y principió á discurrir de esta manera: — ¡Y bien, Pero-Gil Angustias! Héte aquí, en medio de una selva desconocida, con cuatro doblas de á dos y algunos ochavos bajo el justillo, y sin más luz que los últimos rayos del sol poniente. Cierto que al alcance no te hallas de la justicia humana; empero dejado de la mano de Dios debes encontrarte, cuando aventura beneficiosa no te aconteció desde hace quince puestas de sol. En aquesta choza nadie habita, que huellas no veo ni rastro reciente. Así, pues, huélgome de hacerla mi posada por esta noche; engullamos este zoquete de pan, echemos al colete el resto de este chorizo, y á dormir con un ojo abierto.

No bien disponiéndose estaba Pero-Gil á poner en práctica sus ideas y llegado habia al punto de su discurso, cuando entre la maleza que cubría su horizonte, por la izquierda creyó escuchar murmullo de palabras proferidas con indignación y reconcentrada ira... Acto seguido una blasfemia... luego un ¡ay...! después... el ruido hueco que produce un cráneo al chocar cayendo exánime sobre la piedra, y á continuación silencio... Este era en aquellos instantes solemne y pavoroso para Gil Angustias, que, atónito, suspenso, con el zoquete en la diestra, el zurron en la otra mano y boca y ojos desmesuradamente abiertos, esperaba oír algo más, ya que no ver en ello algun recuerdo que el diablo le traía, por los muchos crímenes de que habia sido autor...

Las conciencias como las de Pero-Gil no se tranquilizan fácilmente, y si son osadas es á fuerza de recelo; de suerte que, internándose en la cabaña, aprestóse á lance, armado de la daga, y dispuesto á practicar cuanto habia estudiado de rastrera esgrima.

Poco tiempo hacia que en acecho habíase colocado.

Sintió que alguien se aproximaba por la izquierda pisando con dificultad sobre la hojarasca seca que cubría el suelo. Por entre los cla-



ros de la pared de ramas de su albergue, pudo ver que un viejo, vestido á la villana, aparecía conduciendo en hombros el cadáver de otro tan entrado en años como él, aunque mejor conservado y ricamente apuesto. Descargóse de golpe y porrazo, y el cuerpo aquel inerte adoptó á la caída una inverosímil y descoyuntada postura.

El viejo villano, con gran serenidad y aplomo, principió á cavar la tierra con una piqueta de la que provisto venia, y despues de crear el hoyo de suficiente profundidad, enteró, demostrando gran contento y satisfacción, á su víctima.

—Justo es que donde abusaste de mi hija, seas enterrado! dijo en voz alta y como seguro de no ser escuchado por nadie.—Hé aquí la que fué mi cabaña durante tantos años... Aunque ruinosa, firme se mantiene como construida por mí...

Pretendió el viejo penetrar en su antigua morada, mas Pero-Gil salióle al encuentro, exclamando:

—Eh, alto allá..., buen hombre, no me tomes por zorro, y...

El viejo dió un paso atrás, asombrado y descompuesto. Lejos de su ánimo que allí hubiera persona alguna y ménos á tales horas, puesto que en cuatro leguas no había pueblo ni áun senderos practicables.

—Y ¿quién sois, ó quién eres, que distintas ropas usas de las de estos países...? ¿Qué haces? ¿Qué pretendes daga en mano? y dime si me viste matar y enterrar al odioso Conde...

—Muchas preguntas son esas para darlas inmediata contestación; pero os digo que soy huído de la justicia; nací en Castilla; hago vida de aventurero; pretendo que entreis en razones conmigo, y confieso que os ví matar y ví enterrar un hombre...

—Encontrarte me place... y si lo quieres, podemos ser buenos amigos...

—Tal mi deseo, que hasta extraño no haber perdido el habla, porque há tiempo no la uso...

—Ea, pues, envaina el puñalito y sígueme, que aquí no es de humano pasar la noche. Háme dado á la nariz olor de tormenta, y esta mi vieja choza recelo que poco ha de durar.

—En hora buena. Os sigo, si á buen término vamos.

—Tan á propósito para tí como para mí, que ambos, segun has dicho, debemos alejarnos de gentes y justicias.

Y como la noche se echaba encima, nuestros personajes caminaron á buen paso, internándose en el fragoso bosque de carrasas, á trechos inaccesibles por la espesura.

—¿Qué monte es este? había preguntado Pero-Gil al viejo.

—El Moncayo.

—¿Y podeis decirme cuál será el fin de nuestra jornada nocturna?

—Corta será la andada, aunque trabajosa para tí. Pronto divisaremos las peñas que habito.

—¡Hola! me place.

—Mayormente te agradarán cuando en sus crestas te encuentres.

—¿Sí, eh?

—Parecen castillos, amigo Pero-Gil.

—Ve que recordais mi nombre. Y vos, ¿cómo os llamais?

—Sancho Herrera.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

—Cayó el orgulloso y fementido Conde, hija mia, al rudo golpe de mi daga. Así pago yo á quien, alardeando de honrarme, me deshonró, deshonrándote tambien á la par. Si sangre noble corria por sus venas, fué villanía forzar mezquina y malamente á quien, como tú, bien nació; á quien, como tú, negóse al sacrificio de una torpe pasión... ¡Mi venganza se ha cumplido...!

Esto dijo Sancho, reconcentrando el despecho que le producian los recuerdos. Su hija calló; Pero-Gil permaneció inmóvil y como dominado por la voz de aquel viejo, para él misterioso, y el niño que en brazos tenia la hermosa villana yacía en profundo é inocente sueño.

Padre, hija y huésped fijaron inconscientemente la vista en la llama de la hoguera, y así permanecieron algunos instantes, absortos, estáticos, inactivos, al cabo de los cuales interrumpió el silencio la jóven madre, lanzando un suspiro. Dos lágrimas candentes brillaron heridas por el destello del fuego del hogar, cuando, deslizándose por sus mejillas, fueron á caer sobre la boca del niño, que, efecto sin duda de la amargura que sintió en los lábios, despertó; lo cual, advertido por la madre, recogió solícita todo aquel amargor por medio de un beso cuidadoso, cuya dulzura robó el acibar del llanto, devolviéndole el reposo, la tranquilidad y la constante sonrisa, propiedad natural en el sueño de las criaturas...

—Hace año y medio yo era dichoso, prorumpió Sancho. Guarda-bosque del Conde, mi señor, habitaba la cabaña donde te he hallado, amigo Pero-Gil, en compañía de mi hija Lucía, que me escucha. El Conde era aficionado á la caza, y desde que viudo quedó, recorria al azar el Moncayo, provisto de ballesta y cuchillo de monte, siempre solo y sin acompañamiento de escuderos ni servidores.

Un día topé con él en un barranco, y como el cielo encapotóse y á poco descargó furiosa la tempestad, le ofrecí mi albergue, que más próximo estaba de aquel paraje, que su castillo.

Juntos en él nos cobijamos, mal haya tal hora, y entonces fué cuando se enamoró de mi Lucía. Dirigióla requiebros, que ella vergonzosa y tímidamente escuchó.

Vino la calma, cesó la lluvia, y acompañé á mi señor hasta la fortaleza.

A los tres días recibí el orden de presentarme al Conde, y arguyendo que yo tenia destreza y agilidad, me envió á Zaragoza con un pliego cerrado, con destino á un gran señor que allí habitaba. Hice en cincuenta horas la ida y el retorno; pero cuando volví á penetrar en mi choza despues de mi ausencia, encontré á mi Lucía llorosa y agitada. Siguiendo el Conde los consejos de su pasión por mi hija, mientras yo caminaba en cumplimiento de su encargo, llegóse á mi vivienda y, segun Lucía me contó, pretendióla seducir. Negóse ella á su brutal intento y sobrevino la lucha, cuya consecuencia fué el desmayo y la perdición de quien heroicamente habia defendido su honor. Todo lo cual, sabido por mí, conduje á Lucía á estas peñas, únicamente holladas por mis piés anteriormente... que harto trabajo me habia costado abrir paso entre la maleza... y esa covacha... y estas grutas... y labrar esa pila para recojer agua por si acontecia novedad ó peligro...

—Y antes de ser deshonrada vuestra hija por el Conde, os habiais preparado esta secreta morada... — interrumpió Pero-Gil.

—Claro está... porque... porque..., en fin, no debo daros la razón... fué un capricho mio...

—Ya, ya; dispensad mi curiosidad...

—Aquí hemos habitado desde que mi hija fué atropellada por el Conde, quien temeroso quizá de que yo supiera lo acontecido, y sospechando ejercería venganza, no pisó el monte ni sólo ni acompañado. Conociame harto mi señor para aventurarse.

Todas las tardes, sin dejar una, he acudido á los alrededores de mi antigua cabaña por si encontraba en mi camino al maldito Conde, y durante un año no pareció. Pero esta tarde... esta tarde ha sido la más hermosa de mi vida... Acudió, y...

—Padre mio...

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

—¿Me reconviene?... Quien mata cual yo maté, no es criminal. No eres tú la única víctima del gran señor... era perverso... y hoy quizá he sido el verdugo mandado por la Providencia. En fin, ya está hecho, y de manera que no quedará rastro. Pero-Gil Angustias está conforme conmigo, él callará por lo que le conviene, y... cenemos, que paréceme ha llegado la hora. Pídote Lucía saques dos ó tres trozos del jamon que guardas, aumentando en lo posible los alimentos, porque espero que, si nos ayuda la gana, vaciaremos lo que resta de vino en el pellejo; que no es poco... para dos.

Y dicho y hecho: cenaron. Y tanto y tanto Sancho y Pero-Gil acariciaron la boca del pellejo con las suyas, que llegaron á embriagarse.

El tal Pero-Gil Angustias relató á sus oyentes, entre carcajadas, famosas y criminales aventuras, hasta darse á conocer con todos sus pelos y señales; narración que Lucía procuraba no escuchar, limitándose á adormecer su hijo, desvelado á causa del desenfreno de aquellos dos hombres, que perdido habian la razón.

Tambien Sancho, por su parte y á causa del estado en que se encontraba, hizo una revelación, que jamás la hubiera hecho en sano juicio. Confesó que su padre habia sido guarda-bosque, como él, pero del padre del Conde recién asesinado.

—No creais, decia Sancho, que yo construí estas grutas y arreglé este ignorado recinto. Dos meses antes de su muerte, mi padre me indicó que aquí enterrada tenia una cantidad... muy suficiente para hacer opulento á cualquiera. Y porque no tacheis de fantástico cuento mi declaración, os mostraré el bolsillo de cuero donde guardo mi tesoro.

—¿Cómo lo callabais! exclamó Pero-Gil, abriendo desmesuradamente los ojos y siguiendo con la mirada á Sancho, que, levantando una losa en un rincón de la cueva, extrajo de un hoyo la bolsa de que trataba.

—Vedla, vedla. Esta es la hacienda de mi hija... tres mil doblas de á cuatro.

—¡Soberbio gato! arguyó Pero-Gil.

Lucía, que asombrada habia quedado, osó exclamar:

—¡Esa es mi hacienda!

—Mi lábio permaneció mudo hasta hoy... Nada queria revelarte hasta despues de ejercer mi venganza. Y pues que mañana á la puesta del sol partiremos de estos lugares, dóite tan agradable sorpresa.

—Y ese dinero, padre mio, ¿de quién procede?

—Lo ignoro, hija mia. Por más que pretendi averiguarlo de tu abuelo, fué inútil mi afán. A lo sumo, díjome: «¡Es un misterio...!» Y por tal lo tengo.

A este punto llegaban en su parlamento, cuando un rayo de luna penetró por entre las roturas del paño que cubria la entrada de la gruta.

Viendo Lucía un tanto serenados los ánimos de su padre y Pero-Gil, entregó su hijo al primero, porque lo adormeciera, mientras ella apagaba el fuego del hogar y se dedicaba á la última faena doméstica, por así decirlo.

Sancho metió instintivamente en su seno el bolsillo con el tesoro, tomó su nieto en brazos y, arropándole, salió á la praderilla con objeto de despejar completamente su cabeza.

Pero-Gil le siguió, y ambos se colocaron de pechos sobre la pared circular de aquella plataforma. El cuadro era hermoso. La luna heria aquella inmensa mole, y la vista de Sancho se perdía en la profundidad del barranco, que á los piés de la peña, á tales horas, parecia dormido.

Pero-Gil era perverso, criminal y ambicioso. Sabia que Sancho ocultaba en el seno tres mil doblas, y una satánica inspiración le aconsejó llevar á cabo un acto de barbárie.

Cuando más absorto hallábase el viejo con su nieto en brazos, lanzóse sobre él Pero-Gil, pretendiendo arrebarle el bolsillo.

Arrebatóselo con ligereza. Pero viendo que Sancho le sujetaba fuertemente con la mano en que no sostenia al niño, principió á pugnar por arrojarle al barranco.

Poco tiempo duró la lucha.



Dos blasfemias habían hecho sonreír á Lucifer, y un quejido inocente, puro, infantil, había evocado al Ángel de la Guarda.

Lucía, que escuchó desde el fondo de la gruta más bien el quejido del niño que las blasfemias, salió á la praderilla á punto que aquellos tres seres se precipitaban en el abismo.

Lucía comprendió instantáneamente lo acontecido.

Corrió hácia la pared circular y, al asomarse convulsa, creyó distinguir entre las últimas sombras los ojos de su hijo que la miraban, y sus bracitos extendidos que la pedían socorro... Lucía quedó suspensa... fijó locamente sus ojos en la vaguedad de lo profundo... luego en la inmensidad del espacio...

— ¡Hijo mío! gritó; y su cuerpo surcó el ambiente.

Habíase precipitado, loca, pero con la esperanza ilusoria de besar al hijo de sus entrañas.

Y en tanto, el barranco, las peñas, el frágil valle, permanecían mudos, indiferentes.

La Naturaleza es conmovida por el retumbar del trueno y el azote del huracán. Pero no la despertará de su sueño el impulso reconcentrado de todas las pasiones de la humanidad, si de un sólo golpe pareciera suicidándose... »

Tal es la tradición de «los Castillos de Herrera».

JOSÉ ZALDÍVAR.

## PESADILLA

Después de unos de esos días aciagos en que todo conspira á ponernos de relieve la corrupción de la época y toda la hez que hayen el fondo del corazón humano, no parecerá extraño que mi espíritu abatido y mi cerebro calenturiento, no me permitieran conciliar un sueño tranquilo.

En vano apelaba á los recuerdos agradables y me fijaba en aquello que es bálsamo de todas las heridas y manantial, siempre fresco, de alegría para mi corazón: ¡los seres queridos de mi hogar!

Seguían chocándose en mi pensamiento las mil ideas que me atormentaban, tristes unas, amargas otras, desesperantes las más.

Yo no sé si estaba dormido ó despierto en mi sillón de estudio; pero yo he visto pasar ante mis ojos una multitud de sombras que representaban las ideas que habían dominado en el día.

Pasó primero la *Verdad*.

Era una criatura bella con formas de mujer y vestiduras de arcángel: tenía alas y diadema.

Dejaba ver en la majestad de su figura, que no era hija de los hombres.

La llevaban maniatada, de pié sobre un carro tirado por leones que rugían volviendo hácia ella la cabeza.

La escoltaba una muchedumbre inmensa en que lucían trajes de todos los pueblos de la tierra.

En las primeras filas iban reyes, magistrados, guerreros, tribunos y mujeres que revelaban distinción en su compostura.

Después seguían gentes de todos los gremios sociales.

Cada uno arrojaba sobre la prisionera el lodo que encontraba á su paso, y la *Verdad* volvía la mirada tranquila, como si aquellos ultrajes fuesen más bien una oración.

En medio de la multitud iban grupos de niños y de gentes sencillas que marchaban tristes sin comprender el objeto de aquella que parecía fiesta infernal.

La *Verdad* dirigía algunas veces una mirada compasiva á aquellos grupos inocentes y hacia ademán de hablarles; pero los reyes y los mandarines hacían redoblar los tambores, y los rufianes, y los aduladores y las mujeres prostituidas por el oro de los amos de la tierra, vociferaban y maldecían para ahogar la voz de la *Verdad*.

Entonces cruzaba por su faz divina una sombra de las tristezas de la tierra, y dos lágrimas rodaban de sus ojos.

— ¿A dónde la llevan? pregunté, compadecido, á uno que iba y venía agitando una bandera negra con manchas de sangre, y que sublevaba las pasiones con discursos envenenados y ensañaba el odio con gritos de muerte y de exterminio.

— A la roca más escarpada, al abismo más profundo para arrojar á esta hipócrita y mordaz, me contestó, y brillaron sus ojos como dos brasas del infierno, y crugieron sus dientes agudos y separados como los del chacal.

— ¡Insensatos! exclamé en mi interior. ¡En vano pretendéis huir de su mirada severa y de juicios infalibles! La verdad no parece nunca: desde la más profunda

simas se alzarán su voz hasta el cielo para condenar vuestras iniquidades! ¡Podeis engañar á los hombres, pero jamás á Dios, ni siquiera á vosotros mismos, porque dentro de vosotros ha creado Dios un tribunal donde constantemente oís la voz de la verdad! ¿Dónde hallareis un abismo bastante profundo para ahogar vuestra conciencia?

La *Verdad* siguió con su escolta de verdugos.

Un silencio profundo sucede á la algazara de aquella muchedumbre.

Todas las miradas se fijan hácia el Oriente, donde aparece una carretela de oro tirada por veinte caballos que devoran el espacio y levantan una nube de polvo.

Los penachos y el brillo de los arneses deslumbran como el sol.

Sirve de auriga la *Fama*, que trae en una mano las riendas y en la otra su clarín.

De pié sobre aquel carro triunfal, entre flámulas y gallardetes multicolores, aparece la *Mentira* coronada de piedras preciosas, la faz riante, como rosas las mejillas, sueltos en largos rizos los abundosos cabellos y el seno descubierto como una bacante.

En una mano agitaba una banderola y con la otra arrojaba flores artificiales de un cesto inagotable que tenía á su lado.

Un ¡hurra! estruendoso resuena en el espacio al penetrar entre la multitud, el eco se dilata prolongándose hasta llegar á los confines de la tierra, y todas las manos se agitan en señal de alegría.

La carretela hace alto y la muchedumbre se arredilla.

Una tropa de sátiros medio desnudos, coronados de yedra, danzan alrededor del carro al son de alegres panderetas. Ofrendas sin número son depositadas á los piés de aquel idolo del siglo.

Después de estas ceremonias, la *Mentira* agita su banderola en torno de la multitud, los caballos relinchan y parten como rayos entre una lluvia de flores que brota de todas las manos.

Un nuevo victor retumba en los aires mientras se pierde en el horizonte la deslumbrante carretela.

La multitud quedó en silencio como extasiada. Sólo en un pequeño grupo que había permanecido de pié mientras los otros se arrojaron, oí resonar una maldición.

Después pasó la *Ingratitud* en puntillas, callada, sin séquito ninguno, cubierta con un ropaje pardo y el rostro vuelto hácia un lado, como para que no la conociesen.

¡Inútil disfraz! ¡Tanto me ha hecho sufrir, que la conocería hasta por el ruido de sus pasos cautelosos!

Seguía después la *Buena Fé*.

Iba en un ataúd, muerta: una túnica blanca como el armiño la servía de mortaja.

Sostenían el ataúd cuatro hombres de figura distinguida, que marchaban risueños y con paso firme.

Detrás del féretro seguía un grupo de vírgenes pálidas y llorosas coronadas de azucenas y rosas marchitas.

Cada una arrojaba, á su turno, una flor de su corona entre el ataúd: al contacto de aquella flor, el cadáver se estremecía como galvanizado, y entreabría los ojos y la boca; pero al instante los labios se juntaban desdeñosos, y los párpados caían con la pesantez de la muerte.

¡Allí no había esperanza!...

Después pasó la *Miseria*.

Era una vieja sorda, descarnada y pálida, nariz aguda, ojos juntos y consumidos, cabeza pequeña, cuello largo y recto.

Sus brazos, como las barras de una tenaza, sostenían una cornucopia que arrojaba cáscaras secas, huesos, pedazos de hierro emmohecidos y cigarros apagados.

La seguían varios cortesanos parecidos á los avaros que conozco: iban recogiendo todo lo que salía de la cornucopia y guardándolo cautelosamente para que las otras no se aperciesen.

A los lados de la ruta se habían situado algunos ciegos, ancianos valetudinarios y niños huérfanos, con hambre y frío, que extendían los brazos y pedían una limosna por amor de Dios.

La *Miseria*, como era sorda, no los escuchaba, y los avaros se miraban unos á otros y se reían, y despreciaban aquel clamor que partía el alma y seguían recogiendo el tesoro que brotaba de la cornucopia.

Detrás venía el *Desencanto*.

Se veía, como dibujada en un lienzo, la figura de un hombre sentado en un sillón, pálido el rostro, sin brillo los ojos, circundados de ojeras negras y surcos come de llanto: la boca contraída con un gesto de resignación, pero al mismo tiempo de inconformidad: los brazos cruzados y la mirada fija en el cielo, como quien perdido en todos los rumbos de la tierra sólo espera en la divina justicia.

¡Al aproximarse el lienzo reconozco mi propia imagen, y un grito de terror se escapa de mi pecho! Despierto lleno de angustia, me veo delante del espejo y comprendo que soy víctima de una espantosa pesadilla.

(Caracas.)

FRANCISCO DE SALES PEREZ.

Ya pasó la Semana Santa; pasaron esos días que los cristianos dedican á la memoria del fundador de su doctrina. El pueblo hebreo ha vuelto á cometer el crimen horrible que marca su frente con el estigma de la infamia; y después de esto, ha pasado como arrastrado en un torbellino, impelido por una fuerza que dirige sus pasos errantes, á la vez que el huracán que desgaja los árboles, los torrentes que inundan la llanura, los truenos que retumban en el espacio, publican con fiereza inexorable la condenación de su culpa. — ¡Anda...! ¡Anda...! ¡Anda...! — Roma, débil y envejecida, arrastrando sus orgullosos pabellones, su manto de púrpura por las revueltas salas de las orgías y las bacanales, sin fuerzas ante aquella creencia virgen que se alzaba ante ella para regenerarla y redimirla; y el mundo, en fin, adorando la nueva Ley y asentando sobre las ruinas de la sociedad del pasado las bases de la sociedad del porvenir. Todo esto ha aparecido nuevamente en los campos de la Historia — vuelto á la vida por una misteriosa evocación, — despertado en su sepulcro por el son vocinglero de las campanas que el Domingo de Ramos volteaban en su alta cárcel de gruesos muros y rejas de hierro, anunciando á todos los vientos la triunfal entrada de Jesús en Jerusalem, mientras, dentro del templo, bosques móviles de palmeras oscilaban entre el humo del incienso, y el órgano dejaba oír sus más deliciosas armonías.

¿No sabéis la leyenda de la palma? Es una preciosa nota de la poesía popular. Perseguida por los soldados de Herodes, la Santa Familia vagaba por el desierto pidiendo ayuda y protección á los árboles y á las plantas y maravillas á la naturaleza. La Virgen Madre sentía mucha sed; el calor sofocante había secado sus fauces; la provisión de agua se había concluido ya, y ni la más ligera cinta de plata rompía la monótona aridez del desierto. Así llegaron al pié de una palmera que agitaba en el aire su madeja de cabellos, tan rubios como el oro. Allí, en la revuelta copa, hay frutos que refrescan el paladar sediento; pero esos frutos están muy altos, y á ellos no llega el cayado en que se apoya el Patriarca. Entonces el Niño-Dios entreabre los labios y dice: — « Hermosa palmera, tráeme tus frutos para mi madre. » — Y en el mismo momento una de las ramas del árbol precioso se inclina á tierra hasta que roza ligeramente el regazo de la Madre de Jesús. María calma su sed, y cuando ya la ha satisfecho la rama se endereza de nuevo y vuelve á su primitiva posición, mientras el Niño-Dios murmura: « En pago á tu servicio, hermosa palmera, con una de tus ramas entraré en Jerusalem; tú servirás de emblema á los elegidos del Señor, y en el Cielo alfombrarás el Trono de mi Padre. » La Santa Familia reanuda su marcha, y un ángel baja del Cielo, arranca á la palmera la rama de cuyo fruto ha comido María y se pierde con ella en el éter azul, dejando por donde pasa un reguero de luz deslumbradora.

¿Puede darse más sentimiento y poesía?

Nuestros abuelos escogían la palma como atributo de sus amores, y el Domingo de Ramos, cuando las jóvenes, acompañadas de sus padres ó hermanos, iban á misa, los galanes estaban á la puerta formando calle y teniendo cada uno la palma que dedicaban al dueño de sus pensamientos: pasaba por esa calle la doncella, y antes que llegase al templo ya se había adelantado un caballero á ofrecerle la palma que había de bendecir el sacerdote, y que luego ataba á su reja el mismo galán, con un lazo rojo, si su afecto era correspondido; negro, si había sido desdeñado; si aún verde, tenía esperanzas de ventura. A lo mejor, dos pretendientes se lanzaban á la vez para ofrecer el mismo obsequio: la dama, indecisa, no sabía cuál palma tomar; y lo que empezaban las lenguas, terminabanlo á poco los aceros, con gran escándalo de las almas religiosas. Hoy no existe ya nada de esa costumbre. Los padres son quien compran palmas para sus hijas casaderas, y las ménos adornan con ella los hierros de su balcón, diciendo á los que pasan que allí hay un alma que se consume, desdeñada por el amor.

Todos los personajes del gran drama de la humanidad han acudido á presentarnos nuevamente el espectáculo de sus dolores. Hemos visto á Jesús durante su vida pública predicando la caridad y el sacrificio, ordenando el bien, santificando el amor, elevando el espíritu á las grandes regiones de lo grande y lo sublime; y hemos asistido á la sangrienta escena del Calvario. María su madre desdichada, nos ha inundado con sus lágrimas, y sin querer quizá, hemos confundido nuestros suspiros con los suyos, doblando la cabeza ante esa representación del sufrimiento infinito. Los Apóstoles, aquellos hombres sencillos, llenos de fé, ricos de entusiasmo, que, sin duda, no encontraban en el reducido caudal de sus conocimientos, frases con que poder expresar la grandeza de las predicaciones que sólo su alma comprendía, los niños acariciados por la mano bendita de Jesús, las mujeres regeneradas por las palabras que como un manantial inagotable de per-



don brotaban de sus lábios, los siervos redimidos, los humildes ensalzados, han surgido ante nuestra vista, como un brillante meteoro, inundado de luz en un abismo de colores, perdiéndose a lo lejos como la imagen de un hermoso sueño entre las primeras nieblas de la mañana tornasoladas por el sol.

Muerto Jesús para la Historia, la Fé lo resucita para el alma. Al silencio que reinaba en las iglesias, representación del abandono en que debió encontrarse la Familia Evangélica durante el proceso de Jesús, suceden los alegres gorgoros de los pájaros, los coros cadenciosos de la armonía religiosa que sube, sube y se eleva como un suspiro de la tierra al cielo, como un perfume de la flor de la esperanza que entreabre suavemente su corola, se rasgan los velos de los altares, se recorren las cortinas, y torrentes de luz inundan los anchurosos recintos en que los creyentes alzan a la fuerza desconocida que nos rige la manifestación de su alegría. Y las campanas, mudas durante tres días para que sus sonos ruidosos no turbasen el duelo general, anuncian la grata nueva, y el órgano que vibraba sólo acentos desesperados de dolor, entona un canto de ¡Aleluya! y de victoria, que es como una acción de gracias que dá el mundo, sintiendo correr por sus venas la sávia de una nueva vida.

Un tiempo hermoso ha realzado este año las funciones de Semana Santa. Abril, que cumple perfectamente la comisión que le dá el proverbio popular de traer aguas a los campos sedientos, sintió escrúpulos de conciencia, y abrió galantemente un paréntesis para que ni una sola nube empañase el cielo durante los días clásicos: gracias a esta galantería, los devotos pudieron visitar las iglesias y las devotas lucir sus joyas y trajes en las calles de la capital; pues bueno es dar al César lo que es del César, al mismo tiempo que se dá a Dios lo que es de Dios, y si es útil pensar en el alma y ponerse bien con Dios, no lo es menos ocuparse algo en el cuerpo y procurar sacar nóvio.

Esta amalgama de intereses humanos y divinos, dan nacimiento a lo que aquí se llama el Jueves Santo paseo de la Carrera, que empiezan a eso de las cinco de la tarde, cuando ya las personas religiosas que siete veces se han inclinado en otras tantas iglesias ante el sepulcro de Cristo, creen haber hecho cuanto podía exigir de ellas la conciencia más escrupulosa. Allí se forma todos los años una interminable fila de mujeres hermosas y gomosos aburriños, que ponen tréguas a su místico dolor hablando de asuntos mundanos y haciendo ganas de comer, yendo desde la Puerta del Sol a los Italianos, tan poco a poco como la afluencia de gente lo permite. En Madrid no se concibe una fiesta religiosa si no dá pretexto a la diversión y ocasion al bullicio y la algazara, como si la gente creyera que no se puede pensar en el cielo de mejor modo que luciendo en la tierra. Cada santo popular trae consigo una romería. No hay en el Santoral madrileño un sólo santo que no haya ocasionado algún disgusto. El jueves, la verceción es en la Carrera de San Jerónimo; el viernes en la plaza de Afligidos donde van las gentes a ver la Cara de Dios, es decir, uno de los tres dobleces del paño de la Verónica, en que Jesús dejó estampada su sangrienta faz al pasar por la calle de la Amargura. Otro de aquellos paños se conserva, como sabeis, en Roma, y el tercero en el fondo del mar, donde se fué a pique con el barco que le traía a España, razón por la cual el mar está bendito desde entonces. La especie de que la verdadera faz está en Jaen, no la admiten los madrileños que dicen cuando quieren poner en duda alguna cosa:—*Eso en Jaen, como la Cara de Dios*. Terminado el permiso que nos dió Abril para conmemorar los momentos más solemnes de la Pasión, el sábado se reanudaron las lluvias iniciadas desde principio de la quincena, y todavía continúan a la hora en que escribo estas líneas, y continuarán durante mucho tiempo si no nos engañan las predicciones barométricas.

Fuera de las funciones de Semana Santa, el único asunto de la quincena puede decirse que lo ha dado el Manzanares.

¡Pobre río de mi tierra! Calumniado por todos los hombres de talento que se han acercado a sus orillas arenosas, y en vez de derramar unas cuantas lágrimas, sólo motivo de risa han encontrado en su delgado hilo de agua que pasa humildemente por entre los arcos del Puente de Toledo; su nombre, unido al sustantivo que le acompaña, es asunto de un epigrama; solo, de por sí, es un insulto que no se dirige al arroyo más insignificante. Ni una vez se levanta en su obsequio; ni un poeta pulsa en su honor la lira. Desdenes y más desdenes.

Y, sin embargo, de cuando en cuando reivindica sus derechos a la consideración general; de cuando en cuando deja de hacerse el chiquito, el insignificante, y se ofrece a sus detractores como un río de primera clase, un verdadero río que tiene desbordamientos y produce inundaciones, y cubre puentes, y borra caminos, y pone en campaña y trae a mal traer gobernado-

res y alcaldes. En estos casos, su corriente aumenta en proporción considerable, el nivel de sus aguas sube impensadamente, y desaparecen lavanderas y lavaderos que le ensucian y le tienen por lo común tan ordinario y enteco. Venga de una vez todos los desaires que ha tenido que sufrir durante largo período de tiempo, y demuestra, haciendo ostentoso alarde de cuantas fuerzas puede reunir, que tiene elementos para ser un gran río, y que no en balde, hace tres siglos pensaron hacerle navegable dos ingenieros de buena voluntad. Si entonces no hubiera dirigido nuestros destinos la reina Mariana de Austria, Madrid puerto de mar, no hubiera sido frase burlona de un poeta, sueño de un loco. Pero al proyecto le aconteció lo que acontece en España a todo proyecto de interés material: se quedó en dicho. Si hubiera sido receta para derribar ministerios ó fórmulas para ganar dinero a poca costa, ya habrían salido por donde quiera, hombres que lo llevasen a cabo.

Pobre y humilde como es el Manzanares, tiene, no obstante, una historia digna de ser contada. Es el río de las aventuras galantes de otros tiempos, a cuyas riberas acudian nuestros padres en busca del fresco que les negaba la ciudad en las noches tan calurosas del estío: el río de la velada de San Juan y la verbena de San Antonio, por entre cuyas arboledas espesas discurrían los amantes del siglo XVII, haciendo de él uno de los cuatro ríos del Paraíso Terrenal. En sus orillas se dieron fiestas famosas como la que describe el García, de Alarcón, en *La Verdad Sospechosa*; a ellas acudían ayer los desdeñados a coger en la noche de San Juan las yerbas que hacen amar ó las yerbas que llaman el olvido, y a ellas acuden todavía hoy los gallegos a evocar al son de la gaita recuerdos queridos de sus montañas siempre verdes, y su cielo siempre brumoso. ¡Cuántos suspiros, cuántos besos, cuántas quejas, cuántas canciones vagan en las brisas que agitan las aguas y columpian las hojas de los árboles! Pasar seis días trabajando, lejos de la aldea, víctima de la nostalgia que adelgaza la mejilla y dá cercos amoratados a los ojos, y llegar, por fin, el domingo, y encontrar en un lugar apartado rostros amigos, frases cariñosas, el rústico instrumento que habla de la patria en sus melancólicos sonidos, y el dulce idioma en que por vez primera se elevó a Dios el corazón en una plegaria que dictaba la madre cariñosa... Hablad a los que así piensan de la ruindad del Manzanares, describidles las maravillas del Rin y del Danubio, y vereis como defienden contra todos ese río en el que muchas veces creen ver remedio de cualquier arroyada de su aldea.

Las aguas bajan ya. Como todos aquellos que rápidamente se elevaron, el Manzanares no puede sostener por mucho tiempo esa vida de lujo y opulencia en que tantos caudales derrocha, y desciende con la misma fuerza con que subió a un nivel que no es el suyo. Dentro de poco dejarán las aguas de amenazar cubrir el Puente del Rey, y permitirán que éste asome sus ojos por entre la corriente cenagosa para juzgar su lastimoso estado, y en pocos días volverán sus fuertes pilares a asentarse en un lecho de fango, y a escribir su eterna burla en las escasas aguas del río. Volverán los tiempos de escasez, y nadie se acordará ya del que fué grande y llegó a inspirar temor. Historia eterna de la humanidad.

Paralizada la vida industrial por la solemnidad de las pasadas fiestas, y suspendidos los espectáculos públicos, no tenemos novedades que registrar en la quincena. Ultimamente, y cuando ya iba a entrar en prensa este número, se ha publicado el tomo I de una *Colección de obras dramáticas escogidas* de D. José Echegaray, publicación a la que de buena gana prestamos nuestros más sinceros plácemes.

Es Echegaray algo más que un autor dramático eminente; sus obras llevan el sello del génio, aun en aquellas mismas en que se siente arrastrado al extravío; sus errores no se parecen a los errores de los demás. Sus caídas, tienen carácter de grandeza: las obras en que no acierta a ganar el corazón del público, caen en el abismo; pero caen como Luzbel, dejando en pos de sí un rastro de luz. Con las bellezas que atesoran esas obras muertas, podrían hacer su reputación muchos poetas. Caída fué la *Última noche*, y tiene aquel epílogo que vale por sí sólo más que muchos dramas buenos; caída fué *Mar sin orillas*, y tiene aquella escena del tercer acto entre el protagonista, su mujer y su madre, que expresan en versos armoniosos conceptos dignos de Shakespeare.

Hoy por hoy, no hay en nuestra dramática autor ninguno que pueda competir con él. Sólo, sin formar escuela, que copiaría sus errores y no podría elevarse hasta sus aciertos, tiene una personalidad marcadísima. Es la enhiesta torre que se levanta al cielo, marcando a las almas enamoradas del arte, el camino de la belleza inalterable y pura. Nadie que con ella rivalice en altura; nadie que ose ponérsela delante. A sus piés

se agrupan los edificios, viviendo a su sombra, alcanzando entre sí magnitudes más ó menos proporcionadas, pero todas quedan por bajo. Para buscar colosos de la talla de Echegaray, hay que acudir al viejo repertorio, hay que pelir al duque de Rivas su *Don Alvaro*, a García Gutiérrez su *Travador*, a Tamayo su *Drama Nuevo*.

No forma escuela, y, sin embargo, su influencia es tan grande, que sin él no podría escribirse la historia de nuestra moderna literatura dramática.

El Teatro, que languidecía en los últimos años por el abandono en que le habían dejado nuestros grandes poetas, despertó súbitamente llamado a la vida por la voz potente de Echegaray. Y su despertar fué una sacudida nerviosa, una especie de crisis en la que hablaba como inspirado. Su primer grito fué *La Esposa del Vengador*; siguió *En el Puño de la Espada*; luego vino ese asombro, esa maravilla que se llama *O Locura ó Santidad*; después *En el Seno de la Muerte*, *La Muerte en los Lábios*, *El Gran Galeoto*, *Conflicto entre dos deberes*... El teatro estaba formado. Un teatro personalísimo, que a nada se parece, cuyo abolengo es preciso buscar en el romanticismo del siglo XVII, en que personajes de otro tiempo expresan ideas de nuestros días, plantean problemas, en cuya solución estamos empeñados nosotros, los hombres del siglo XIX; teatro que algunos llaman realista, aunque es romántico en el fondo; resurrección de una musa que parecía muerta, y que sólo estaba dormida esperando nuevo Lázaro, el *levántate y anda* del Maestro.

Las obras de indisputable mérito con que otros autores han enriquecido después nuestro repertorio, no se conciben sin el paso de Echegaray por la escena. El génio abrió camino en lo intrincado del bosque; por ese camino se han lanzado otros en su seguimiento: la marcha del Maestro rigetambién su paso. En todas esas obras; la influencia de Echegaray flota como flotaba el espíritu de Dios sobre las aguas primitivas. Echegaray asume en sí la historia de nuestro Teatro en una época determinada: es él mismo el teatro, y sin embargo, no ha hecho escuela, ni tiene discípulos; los que se sienten influidos por él, lo son, si á mano viene, á pesar suyo. Es un sol de primera magnitud, que en el cielo del arte ocupa un lugar determinado, sin satélites que le roben su luz, ni dividan con él la admiración de los observadores.

Una edición cuidada y recogida de sus obras, era un tributo que España debía a Echegaray. Celebremos que haya empezado a pagarle.

Y deploremos que no se siga igual conducta con Tamayo y Estébanez, los inseparables autores de *El Drama Nuevo*, *La Bola de Nieve* y *Locura de Amor*.

Concluida la primera temporada del año teatral, empieza la irrupción de los actores extranjeros. Tenemos a Rossi en la Comedia, ópera bufa italiana en la Alhambra, ópera seria en Jovellanos, y ya se anuncia una compañía francesa de *caudeville* para dentro de quince días.

Lejos de nosotros ideas exclusivistas de los que, declarándose libre-cambistas en política, llevan al arte sus resabios de proteccionismo y reniegan de que vengán los actores extranjeros á acortar la temporada cómica, obligando á nuestros actores á hacer en provincias periódicas y reproductivas peregrinaciones. Sean bienvenidos á nuestros teatros esos nuevos misioneros que recorren el mundo predicando la buena nueva del arte dramático, trayéndonos la representación inimitable, la obra nueva desconocida de nosotros. Vengan en hora buena á recibir nuestros aplausos, y a añadir nuestros nombres á la lista de sus admiradores. El arte no tiene más que una patria: el corazón. Nada significan para él ni los Pirineos ni los Alpes. Santo lazo que une á todos los hombres en una sola aspiración, en un sólo pensamiento; no hay para él barreras, odios de raza, tradiciones históricas. Hace hermanos á todos los hombres, y á todos los funde en la contemplación de la belleza. Rossi nos hace amar la Italia; la Lucinda Simões realizó la Unión Ibérica en un campo en que nunca se romperá. ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!

La última nota de esta Revista será de nuevo una nota de dolor. El Sr. D. Abelardo de Carlos, propietario y fundador de *La Ilustración Española y Americana*, ha fallecido.

Hombre de vasta instrucción, dotado al mismo tiempo de una gran actividad, su solo esfuerzo bastó á acreditar entre nosotros ese periódico, cuya influencia en el movimiento artístico y literario del país, no se puede desconocer.

Era un trabajador infatigable para quien sonó la hora del descanso.

Más dichoso que otros que han sembrado, pero no han recogido el fruto, él ha visto su obra asegurada ya, y haciendo su camino por sí sólo y ha podido morir tranquilo.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.



## FOLK-LORE

## Cuentos populares

## I

## SAN JUAN, SAN PEDRO Y EL SEÑOR (1)

Iban por un caminito el Señor, San Juan y San Pedro; y dijo San Juan que tenía mucha sed; y le dijo el Señor: que más adelante hay una fuentecita: sigamos, que allí podrás beber; y llegaron, y San Juan bebió, y después que bebió ensució la fuente. Más adelante le dió otra vez sed; y el Señor le dijo: pues ahora no hay otra agua por aquí, y lo castigó en que tuvo que beber de la misma fuente que antes ensuciara; y luego le dijo al Señor, ¡que hambre tengo! Pues llégate á aquel arador á ver si te da una limosnita, y el arador le dió un cacho de pan y se lo comió, y le dice el Señor cuando volvió: ¿no te ha dao ná? — No señor, me ha dicho que perdona por Dios.—Bueno, con que no t'ha dao, pues más adelante hay una majá y te vas á llegar á ella á ver si te dan una limosna: fué, y le dieron un borrego; con que se lo presentó al Señor. Llegaron á un encinar, y le dijo el Señor á San Juan: tú te quedas aquí aviando el borrego, y nosotros vamos á echar alante hasta el pueblo, á pedir limosna á ver si tenemos pan para comer con el borrego; vinieron, y ya tenía el borrego aviao; antes que vinieran, San Juan se había comido la asadura del borrego del hambre que tenía, y le dice el Señor: — ¿Está ya aviao el borrego? — Sí, señor; ya está. — Ea; pues vamos á cenar. Estuvieron cenando, y ya de que se comieron el borrego, le dice el Señor á San Juan: — Juan, yo he notao aquí una falta en el borrego. — ¿Cuál, Señor? — Que este borrego no tiene asadura, y todos los animales tienen asadura: Dice San Juan, — No la tenía, Señor. — ¿Pues hombre, cómo es posible que este borrego no tuviera asadura, cuando la tiene tóo el ganao? — Pues nada, Señor, no la tenía. — Bueno, hombre, pues vámonos. Pillaron el camino que llevaban, y llegaron al pueblo, y entraron á pedir limosna en una casa muy rica, lo cual que se había muerto el dueño de la casa, y salió una criada á darles limosna. Pregunta el Señor que, poa qué lloraban tanto en aquella casa? — Porque se ha muerto el amo; — Pues aquí en la puerta hay un pobre capaz de revivirlo; y entonces dijo la criada: — Si usted fuese capaz de revivirlo le darían cuanto quisiese. Pasó la criada el reca á su ama, y les digeron que entraran: entraron en la habitación en que estaba el difunto. Mandó el Señor traer una carga de leña y media fanega de nueces y pan; dijo que los encerrarán á los tres en el cuarto del muerto; y encerrándolos, conforme entraron, se pusieron á partir nueces y á comer nueces y pan: ya que acabaron de comer las nueces y el pan, hizo el Señor lumbre, echó toda la carga de leña entera, y en ella echó al difunto: ardió la leña y el difunto todo á la par, se hizo ceniza. Por la mañana, en cuanto fué de día, le echó el Señor la bendición á la ceniza, y resucitó el difunto. De que lo presentó resucitado, de gozo no cabían en la casa, dándole gracias al pobre y que pidiera cuanto quisiera. El Señor no quería ná, y San Juan le decía: — Señor, pida usted mucho dinero; — y el Señor le decía: — ¿A qué quieres tú tanto dinero? Callate, ya nos darán lo que les parezca. — Con que les dieron 12.000 rs., y se fueron. Tomaron otro camino para ir á otro pueblo, y antes de llegar se encuentran un encinar, y le dice el Señor á San Juan, que llevaba el dinero: — Esperate, que vamos á descansar aquí un rato; saca el dinero que vamos á partirlo: sacando el dinero comienza á hacer partes, é hizo cuatro el Señor — y le dice San Juan — Señor, ¿para qué hace usted cuatro partes si somos tres nada más? Y le dice el Señor: cállate que ya parecerá el otro. Haciendo las cuatro partes le dió á cada uno la suya, y ésta que sobra se la daremos al que se comió la asadura del borrego. Entonces saltó San Juan: Señor; yo, yo, yo. — Hombre, ¿pues no decías que no tenía asadura el borrego? ¿Pues mira cómo tú te la has comido? Ea; pues; toma este dinero, todos los 12.000 reales para ti sólo, para que te manejes tú con este dinero, ya nosotros nos vamos; y el Señor y San Pedro se fueron, dejando sólo á Juan; quedándose San Juan con el dinero, comenzó á jugar y á triunfar hasta que lo gastó too. Ya que se vido sin dinero, tuvo que echarse á pedir. Fué á un pueblo, y llegó á una casa en que estaban de duelo, pidió una limosna y dijo que por qué lloraba la gente; le contestaron que se había muerto la dueña de la casa: contestó que allí había un 'pobre á la puerta capaz de revivirla. — ¡Ay! Si usted fuese capaz de revivirla le darían cuanto quisiera. — Pues lo meten dentro de la casa en la habitación en que estaba la difunta. Pidió una carga de leña y media fanega de nueces y pan. Lo encerraron en el cuarto con la difunta, comienza á

(1) Este cuento fué referido á mi señora madre por un peon cominero en una viña cerca de la ciudad de Llerena, provincia de Badajoz. Debe considerarse como un conjunto de varios de los sucedidos que se refieren del Señor y San Pedro, sucedidos á cuentos que forman un verdadero ciclo por todo extremo interesante. Nuestro amigo Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, publicó en la *Enciclopedia* de Sevilla, con el título de *Cinco cuentos populares*, varios chascarrillos referentes al Señor y San Pedro y el Sr. Pitiré en su obra magna *Fiabe novelle e racioni popolari Siciliani*, inserta también algunos dignos de ser consultados.

comer nueces y pan hasta que las concluyó todas. Enciende la carga de leña, y echó la muerte en la lumbre hasta que se hizo ceniza; de que vino el día se levantó y comienza á echar bendiciones como el Señor; pero la difunta no levantaba la cabeza, y San Juan decía: ¡si será por aquí, si será por allí! y por más bendiciones que echaba por todos lados no revivía. Viendo la familia que había quemado á la difunta en vez de revivirla, lo cogieron preso y lo metieron en capilla para ahorcarlo. Al primer día de estar en capilla pasa por allí el Señor, y él estaba puesto en la ventana mirando para la calle; y conociendo que el que había pasado era el Señor, comenzó á darle voces, y el Señor se hacía el sordo; ya á la tercera vez que lo llamó, el Señor se acercó á la ventana en donde estaba San Juan — y le dice el Señor — ¿Ahi estás tú, Juan? Señor. — ¿Qué has hecho, que estás preso? — Que me puse como usted á resucitar un difunto, y no pude resucitarlo; me han cogido preso y me han metido en capilla para quitarme la vida: ¿conque á ver si usted puede salvarme de este peligro? ¿Hombre, conque tú querías hacer lo que yo? ¿No conoces que tú no puedes hacer lo que el Señor hace? Pues bien: estate ahí metido en capilla, que yo voy á la casa adonde están las cenizas de la difunta y la reviviré. Conque entró en el cuarto en donde estaba la ceniza, le echó la bendición y la revivió. Quedaron muy contentos los dueños de la casa por haber revivido la difunta; diciéndole que pidiera él todo lo que quisiera, pidió 20.000 rs.; se los dieron, y pidió el Señor sacaran también al preso que estaba en capilla. Viniendo San Juan con el Señor otra vez, le dió el Señor los 20.000 rs. á San Juan, y le dijo: ahí tienes ese dinero, 20.000 rs. que me han dado por resucitar la difunta, para que te manejes con ellos, y no vuelvas á jugarlo ni á gastarlo, que con eso puedes pasar toda la vida; Pedro y yo nos marchamos, y tú te quedas; no vuelvas á hacer otra, porque no vuelvo á ayudarte otra vez; y el Señor y San Pedro se marcharon, y ya San Juan fué prudente en adelante, metiéndose á hombre de bien.

## II

## MESITA COMPONTE (1)

Era un leñador que todos los días iba por una carguita de leña para mantener tres hijas que tenía: se puso un día á descansar sobre una piedra, y salió un negro. Buen viejo, le dijo; ¿á dónde vás? Voy por una carguita de leña, porque no tenemos otra cosa para poder vivir. Nada; pues hoy no llevas leña, te montas en tu borriquito y te vas á tu casa, yo te daré para que podais pasar. Toma, llévate esta mesita, y en llegando á tu casa; díces: *mesita componte*, y nada hará falta. Se despidió el leñador, y en el camino, antes de llegar á su casa, había un pueblecito, tocaban a misa, y dice, no me quiero quedar sin misa; entró en una posada y le dice á la mesonera, mientras yo voy á misa, aquí queda esta mesita, no le diga usted *mesita componte*. Lo primero que hizo la posadera fué decir *mesita componte*, y la mesa se puso con todo lo necesario para comer bien: viendo la mesonera aquel prodigio, dice: pues yo no se la devuelvo, pondré otra en su lugar, vino el pobre de misa y le dió la mesa cambiada. Llegó el pobre á su casa, y las hijas que lo ven sin leña: — Padre, ¡válgame Dios! ¿cómo no trae Vd. la leña, que estamos desde ayer sin comer? — Hijas, traigo otra cosa mejor; puso la mesa y le dijo *mesita componte*; y la mesa nada de componerse, lo repitió dos ó tres veces, pero lo mismo: las pobres tan disgustadas. — Al otro día volvió el padre á su tarea de ir por la leña. Le salió otra vez el negro, hombre, ¿cómo es esto, hoy otra vez por la leña, dice, no dió resultado la mesa? pues mira, toma ese bolsillo y no encontrarás en él más que oro y plata. Pasó por el pueblo como el día anterior, tocaron a misa y él fué á la posada á dejar el bolsillo, y le dijo á la mesonera no le diga usted *componte bolsillo*; hizo igual, por lo mismo que le dijo que no lo dijera, se lo dijo, y el bolsillo se llenó de dinero, y dijo pues el bolsillo no se lo doy, le dió otro suyo y se quedó con aquel. Va á su casa, y precisamente sus hijas le dicen: ¿hoy, padre, se viene Vd. también sin leña? — ¡Callar! que traigo otra cosa mejor: hijas, vereis, *bolsillo componte*, y el bolsillo nada de componerse, las pobres hijas estaban desesperadas. Pues al otro día vuelve otra vez con su borriquito por leña, le sucede lo mismo, sale el negro en el sitio de la piedra, y le dice: pero ¡hombre! ¿otra vez aquí? ahora te voy á dar un *zurron*, y en cualquier apuro que te encuentres, no tienes más que decir *componte zurron*. Se despidió el negro y el leñador tomó su camino, llegó al pueblecito, tocaron a misa y fué á dejar el zurron en la posada, y le encargó como siempre á la mesonera que no le dijera *componte zurron*. Como tan bien le había ido en los dos días anteriores, dice la mesonera *componte zurron*, salen dos negritos del zurron con unas porras en la mano y empiezan á dar á la mesonera, que le dieron una buena: viene de misa el pobre leñador, y le entregó la mesonera su mesa, su bolsillo y su zurron. Ya que va á casa, las hijas lo ven sin leña como los otros días y les dice: hoy no tenéis porque desazonaros, puso la mesa y le dice: *mesa componte*, y apareció tan provista de todo que nada hacía falta en ella: *componte bolsillo*, y no cabían en ellas piezas de oro y plata que tenía. Como se ven con tanto dinero, disponen de hacer una casa

(1) Este cuento fué contado á mi señora madre por una maestra de niñas de la ciudad de Llerena. Corresponde al publicado por Fernán Caballero con el título de *La vieja de Lucifer*; existen versiones italianas, francesas y alemanas de este cuento, sin otra diferencia que la de que no es por lo general una porra lo que sirve para hacer devolver los objetos robados por el posadero.

como no había otra en el pueblo: empieza todo el mundo á murmurar del pobre leñador, que de dónde le venía aquella fortuna, que sin duda había robado. Tanto dieron contra el pobre leñador que lo sentenciaron á muerte, y estando ya en la plaza para que lo ejecutara la justicia, pide el favor de que lo dejen mandar á su casa por un zurron, le traen el zurron y dice *componte zurron*, y salen los dos negritos con las porras dando porrazos á unos y á otros y diciendo: *no lo ha robao que el cielo se lo ha deparao*.

## III

## LAS CUATRO BRUJAS (1)

Era un rey y una reina que estaban criando á su hijo con ama, y ésta mujer tenía un hijo muy sabio. Cuando el hijo del rey fué hombre, soñó con una princesa que estaba encantada en un castillo en que había cuatro brujas. El hijo del ama, como sabio, lo adivinó, y el hijo del rey no podía descansar con este pensamiento y se lo comunicó á su hermano de leche, y éste le dijo, pues mañana vamos á buscar el castillo en que está la princesa. Cuando llegaron estaba la princesa en el balcon, y el sabio le dijo que quería hablar con la princesa, ella le contestó que no podía ser, que estaba encantada por cuatro brujas. El le dijo que no le hacía; que si quería irse con ellos, que tenía remedio, porque el príncipe quería casarse con ella. Entonces ella accedió á irse, y pusieron una escala y se marchó con ellos.

Al tercer día de camino, rendida de fatiga en medio de los montes, les dijo que quería descansar. Bueno, le contestó el príncipe, pero se lo preguntaremos á mi hermano; éste dijo que no convenía descansar por causa de las brujas, pero, en vista que estaba tan rendida, accedió el hermano sabio á que descansara, y se quedó él de centinela. Llegaron las brujas á llevársela, pero como estaba el sabio con la espada desnuda no se atrevieron á llevársela, pero le echaron cada una, una maldición. La primera le dijo:

*Una fuente encontrará,  
la princesa agua beberá  
y con ella reventará.  
Y el que esto oyere y lo fuere á contar,  
(piedra mármol se volverá.*

La segunda dijo:  
*Una huerta encontrará  
y mucha fruta verá,  
la princesa la comerá  
y con ella reventará.  
Y el que esto oyere y lo fuere á contar,  
(piedra mármol se volverá.*

La tercera bruja dijo:  
*La princesa en palacio entrará,  
á ella se abrazarán,  
y por los abrazos reventará.  
El que esto oyere y lo fuere á contar,  
(piedra mármol se volverá.*

La cuarta maldición:  
*La princesa se casará,  
y al año un infante tendrá,  
y á las doce de la noche una fiera lo devorará.  
etcétera, etc.*

Cuando descansó la princesa siguieron su camino, y á poco, se encontraron una fuente, ella dijo: príncipe, yo deseo beber, se lo preguntaremos á mi hermano; como el hermano había oído á las brujas, dijo: ¡sigamos! y no la dejó beber. Más adelante, llegaron á una huerta y la princesa dijo quería probar de aquella hermosísima fruta, pero el príncipe no quiso dársela sin consultar á su hermano, y éste dijo: ¡adelante! entonces la princesa le dijo al príncipe, tu hermano se niega á cuanto le pido, y no quiere complacerme en nada. El príncipe le contestó: pues por algo será. Llegaron á palacio y sale la gente tan alegre á abrazarla, pero el sabio los detuvo á todos y no la dejó abrazar de nadie. Toda la familia extrañó aquello y se enojaron, pero no la abrazaron.

Se casó el príncipe con aquella hermosa princesa, y al año tuvieron un infante, y el hermano sabio, como estaba en el secreto de que iba á venir aquella noche una fiera á devorar á la madre y al hijo, se metió debajo de la cama, y al dar las doce, se presentó con la espada en la mano, cuando se abre el techo y cae la fiera sobre su espada, quedando muerta en el acto. A un ruido tan grande se despierta la princesa diciendo: ¡traición! ¡que me asesinan! Entonces entran y cogieron al sabio para quitarle la vida. Viendo él esta sinrazón dijo: «ya que voy á morir, quiero contar lo que ha pasado.»

Entonces, convirtiéndose en mármol hasta la rodilla, hizo reunir á toda la corte y dijo la primera maldición; á la segunda que contó, se convirtió en mármol hasta la cintura; á la tercera, hasta el pescuezo. El hermano afligido le rogaba no dijese más que ya él estaba satisfecho, pero él ya quiso morir por Dios, y lo contó todo quedándose hecho una estatua de mármol.

El hermano, afligido todos los días, iba á llorar, diciendo á la estatua: ¡ay, hermano mio, cómo podría yo salvarte! Uno de los días ya habló la estatua, y le contestó: con bastante poco: con matar á tu hijo y untarme con su sangre. ¡Dios mio, que haré! matar á mi hijo; ¿Pero no debo tanto á mi hermano que se ha sacrificado por mí? Se decidió por fin y mató al niño, untando con su sangre al hermano que volvió á la vida.

(1) Recogido por mi señora madre en una casa de vecindad de la ciudad de Llerena. Llamo la atención de mis compañeros los Sres. Guichot y Olavarría sobre lo que pudiera llamarse el parentesco entre las supersticiones y cuentos que en este se observa. Recuerda la conversión del hermano del príncipe en *piedra mármol* el conocido cuento de *La Ron et Mayre*, de Maspons, titulado *la bon eriat*.



El hermano, gozoso con volverlo a ver, olvidó por un momento el sacrificio de su hijo. Acudió la princesa y supo que habían matado a su hijo, y el motivo por qué lo habían matado. Le dió á la princesa un insulto, y cuando volvió en sí, se encontró á su hijo tan bueno, y sólo con la cicatriz, como recuerdo del sacrificio.

Todos quedaron tan contentos, y la princesa ya libre del encantamiento.

## IV

## EL PAPAGAYO (1)

Era un mercader que iba á vender fuera, y á la salida del pueblo se encontró con uno que venia á vender un papagayo. Hicieron su trato en una onza; despues de hacer su ajuste, el mercader y el amo del papagayo, con la condicion el que lo vendia, que cuando tuviese el papagayo que contar un cuento, los oficios de todos se habian de dejar para escuchar al papagayo el cuento. El mercader lo llevó á su casa, y le dió á su mujer la condicion con que lo habia comprado.

A la mañana siguiente se presentó una vieja en casa del mercader, diciéndole á la mujer del mercader que era su tia, y le decia; hijita, nunca me has conocido; pero tu primita está muy mala, y no desea más que el verte. Dicese el ama de la casa á su moza:—Casildica, tráeme el manto. El papagayo dice: *Casildica trae tres castañas: una para tí, otra para mí y otra para el ama, y á la picara de la vieja echadla á la calle* que voy á contar un cuento. La mujer del mercader dió á la vieja que no podia ir, pues su marido le tenia dicho habia de escuchar al papagayo cuando contase un cuento. Se fué precisamente la vieja muy disgustada, y el papagayo se puso á contar su cuento. Dió asi:

«Era una vieja que iba por el campo y oyó cantar unos pajaritos, en su música decian:

El hijo del rey malo está,

y con nuestra sangre se ha de curar.

Fué la vieja á Palacio y preguntó si el hijo del rey estaba malo. Yo me atrevo á curarlo, y le respondieron, que tantos médicos como lo habian visto y no habian podido curarlo; cómo la vieja habia de ser capaz de hacerlo! Viendo que ella tanto lo afirmaba, le concedieron la gracia. Entonces la vieja puso una red en el paseo y cogió los pájaros, los degolló y puso la sangre en un botecito, se le dió á beber, y quedó bueno, el príncipe habiendo quedado bueno, á la vieja no la dejaron salir de palacio, y la obsequiaron mucho.» Aquí terminó su cuento el papagayo.

Al otro día volvió la vieja diciendo á la mujer del mercader, que su primita habia pasado muy mala noche, que no dejase de ir á verla, que la esperaba, y dicele el ama á la criada: Casildica, tráeme el manto, el papagayo dice: *Casildica trae tres castañas: una para tí, otra para mí y otra para el ama, y á la picara de la vieja echadla á la calle*. El ama dió á la vieja no podia ir, pues el papagayo se disponia á contar un cuento. Se fué la vieja refunfuñando y el papagayo habló asi:

«Dejamos á la vieja en el palacio á donde puso al príncipe bueno, y la llaman á otro palacio á donde estaba la princesa muda. La vieja se excusa; pues sabe que si puso al príncipe bueno, fué por la casualidad de haber oido á los pajaritos, pero no puede menos que ir por las instancias que le hacen; y llegada al nuevo palacio, dice que tiene que quedarse para observar bien á la princesa en su misma alcoba. A media noche, la vieja que hacia como que dormia, estaba despierta, y observó que entraba un caballero por el balcón, y le decia la princesa: aquí me han traído esta vieja para que me haga hablar, y mientras no me case contigo, ni he de hablar ni he de comer. Por la mañana fué la vieja á la cocina de palacio, diciendo que le hicieran una jicara de chocolate para la princesa, y dicen, ¡pues si nada toma!—No importa;—va con su jicara de chocolate, y la princesa hacia jum, jum, jum haciéndose la muda, y moviendo la cabeza diciendo que no. Dicele la vieja:—Vaya, señorita, tómela Vd., que anoche bien hablaba usted con el caballero.—Por Dios, no se lo diga Vd. á mi padre.—La vieja habló con el rey y le dió: la princesa está buena, enseguida que se case con el hombre que ella quiere. La casaron y quedó bien. Se creyó que es la vieja la que hace los milagros, y no la dejaron salir de palacio.» Aquí quedó el papagayo.

Viene la vieja al día siguiente con mayores ruegos, pero así que el papagayo dió: *Casildica, tráeme tres castañas: una para tí, otra para mí y otra para el ama, y á la picara de la vieja echadla á la calle*, la mujer se despidió hasta mañana, y el papagayo comenzó de la manera siguiente:

«Dejamos á la vieja en el palacio de la princesa muda; y vamos á que la mandan llamar á otro palacio en que está loca la princesa, y esta locura le dá siempre á las doce de la noche. También rehusaba la vieja ir, pero no tuvo más remedio, y pidió para observar quedarse en el mismo cuarto que la princesa; y estando jugando á los naipes con la princesa, al dar las doce, aquella se puso loca y apagó la luz, tiró el brasero, los naipes, todo lo que habia en el cuarto lo echó á rodar. La vieja, por no llamar, abrió la puerta del jardín que daba al campo, y fué á encender la luz en una candela que se veia á lo lejos: llegó á pedir el favor si podia encender la luz, porque se le habia apagado jugando á los naipes con la prin-

cesa. Entonces dió una gitana, que era la gente que allí habia: la princesa divirtiéndose y nosotros pasando trabajos, haciendo hechizos para la señora y quemándonos por su causa! entonces volcó el caldero de los hechizos sobre la lumbre. La señora con esto se quedó buena, y se quedaron tan contentos con la vieja que dejaron en palacio muy obsequiada.» Terminó el papagayo.

Al día siguiente volvió el mercader que habia ido fuera á vender, le pregunta á su mujer cómo le habia ido con el papagayo mientras él por allá; que si le habia contado muchos cuentos, y dice el papagayo:

*Si le he contado ó no le he contado,  
á tu mujer he guardado.*

Dice el mercader, pues, ¿qué es lo que hay aquí? Entonces le dice la mujer: yo no puedo contarte más, sino que ha venido una vieja hablándome de mi primita, y entonces el papagayo se ponía á contar un cuento. Dice el mercader; pues deja, que yo voy á esperar hoy á la vieja; se puso tras la puerta de la calle con una tranca, llegó la vieja con lo mismo que todos los días, salió el mercader tras ella, y hasta su casa la fué pegando. La primita era un estudiante que estaba enamorado de la mujer del mercader, y la vieja la que se prestaba á aquel enredo.

## V

## EL REY DON VISO (1)

Era un rey, y tenía una hija; y viendo el rey que ésta no determinaba ni le anunciaba que se queria casar, le dió el padre: hija, me parece que no tienes idea de casarte, y es preciso para nuestra sucesion. Pues bien, padre, le daré á usted gusto; pero es necesario que mande Vd. venir toda la plebe y toda la grandeza de la Corte, y voy á hacer un experimento, que es: así que todos estén juntos, dar una granada á cada uno, y aquel que se la coma sin dejar caer ningun vago, con ese me caso. El rey D. Viso fué uno de los que concurren más pronto, porque estaba enamorado de la princesa. Ea, señores! — dió el rey — aquí les presento á Vdes. una granada á cada uno; el que primero se la coma sin dejar caer un vago, con aquel se casará la princesa. Pues todos cogieron su granada, y con el mayor cuidado se pusieron á comerla, y sólo el rey D. Viso fué el que se la comió sin caer ningun vago; solamente uno se le quedó en la perilla de la barba. Entonces se levantó muy ufano, y no notando el vago que tenia sujeto en la perilla, se puso á los pies de la princesa, diciéndole: merezco el premio, pues he conseguido comerme la granada sin perder ni un vago: entonces la princesa lo recogió de su barba — y le dió — no, señor; ¿y este que está aquí? Entonces el rey se avergonzó, creyendo que aquello sería un disimulo ó disculpa por no casarse con él, y quedó avergonzado ante la corte y la plebe. Concluido este ensayo, cada cual se marchó á su casa. El rey D. Viso, buscando modo y trazas para vengarse de la princesa, fué, y dispuso que le hicieran una gallina de oro con doce pollos, con maquina para que se movieran y piaran y todo como vivos. Que hace el conde; va, y se disfraza de extranjero, y se va á los alrededores de palacio y principia á pregonar en extranjero la gallina y los pollos; una cosa magnífica que no se encuentra en ninguna parte del mundo; ir y venir y dar voces para que la princesa lo oyese: oyendo la princesa aquellas voces, le dice á su camarera: asómame á ver qué es eso que tantas voces dan. ¡Ay! Princesa — dió asomándose — ¡si viera V. A. qué cosas tan preciosas lleva ese hombre! ¿Quiere Vd. que lo llamemos? Corre y llámalo — le dió á la camarera — y ésta le dice que suba, y subiéndolo á la presencia de la princesa, le enseña la gallina con los doce pollos, y la princesa se enamora de aquella gallina tan preciosa, y el hombre le repite que en ningun palacio del mundo se encuentra una gallina tan preciosa como aquella. — ¡Buena! Pues, y cuánto vale esta alhaja? — ¡Ah princesa! para vuestra Alteza, nada: sólo pido dormir con V. A. una noche. — ¡Zape! con el extranjero, lo que quiere; pida Vd. dinero, lo que quiera, pida Vd. — ¡Oh señora, vale mucho! pero para vuestra Alteza quiero regalársela por lo que la he propuesto, pues nada de otra cosa. — Pida Vd. lo que quiera; pero lo que pide no puede ser. — Pues señora, entonces me marcho, y empezó á hacer que se movieran y piaran los pollos, que relumbraban al sol y estaban preciosos; de manera que, no aceptando la princesa su proposicion, se marchó de palacio. A los pocos días volvió con una devanadera con madejas de oro, y empezó á pregonarla alrededor de palacio, llevando al mismo tiempo la gallina y los pollos. Pues oyendo la princesa al extranjero, lo hizo llamar — y dió la camarera — ahora lleva otra cosa: efectivamente; llamándolo, sube y se presenta á la princesa. ¿Qué traes ahora? — le dió la princesa al extranjero — Vea V. A.; traigo una devanadera magnífica con su maquina, que devana por sí sola. — ¿Cuánto pides por esto? — No quiero dinero, solamente lo que he dicho á vuestra Alteza. — Pues nada, si quieres dineros, pide. — Y no queriendo dinero — dió: — Señora, me marcho á otro palacio,

pues esto en ninguno lo hay. Agarra sus prendas — y dice — me marcho; y ya que se iba, dice la camarera á la princesa: — Ande Vd., señora; eso se puede hacer sin que nadie se entere, y queda en palacio una cosa que admirará toda la corte. mire V. A.; á deshora de la noche, por la puerta del falso del jardín, puede entrar; y esto, por una sola vez, nadie lo nota. La entusiasma, y la convence á la princesa, que le dice: citale hora para la noche; dile que á media noche esté vigilante en el falso del jardín para que entre. Pues como ya se iba, lo llaman. — Venga Vd. acá, venga Vd. acá, y lo entran del sitio en que tiene que estar, á las doce de la noche en el falso del jardín. Arreglado esto, se retira el extranjero tan ufano y contento, porque se le iba á lograr lo que deseaba. Efectivamente: á la hora señalada está allí esperando el extranjero, y lo introdujeron en palacio; se retiran al dormitorio, y al amanecer lo hacen salir de palacio sin que lo notaran ni cosa ninguna. Pues el conde (1) teniéndolo todo preparado, le entregó las alhajas, y quedó al cuidado por sí la princesa quedaba en cinta. Pues efectivamente, quedó en cinta la princesa; y viendo la princesa de la manera que estaba, le dió á la confidenta su camarera: Hija mía, es necesario que estés con cuidado por si vemos el extranjero, pues ves cómo me hallo, y es necesario que disponga de mí. Efectivamente; viendo el rey D. Viso que la camarera estaba en acecho de alguna cosa, se vuelve á vestir de extranjero, y pasa por los alrededores de palacio pregonando cosas preciosas y extranjeras para que lo llamasen. Efectivamente — le dice la camarera á la princesa — por ahí suena el extranjero. — Pues llámalo inmediatamente. Llamado que fué, se presenta y le dice la princesa: eres llamado para que dispongas de mí, pues estoy en cinta, y deseo salir de palacio, pero qué si mi padre repara en el estado en que me encuentro, me hará quitar la vida. Pues señora, vámonos; pero ¿en qué circunstancias! Yo nada tengo, tendremos que ir mendigando. — Vámonos de cualquier manera; yo no puedo permanecer aquí, dió la princesa. — Pues mañana nos vamos; y efectivamente se marcharon juntos.

El rey D. Viso dispuso que por el camino pusiesen muchos ganados suyos, y sus fincas y sus yuntas, todo estaba á su paso. Ya en el camino, y despues de pasar muchos trabajos. — ¿De quién son esas ovejas? Preguntaba la princesa; del rey D. Viso, le contestaban; daba ella un suspiro, y decia: en algun tiempo me quiso. Veia una hermosa posesion, y preguntaba, ¿de quién es esta finca? Es del rey D. Viso; suspiraba de nuevo, y decia: en algun tiempo me quiso. Veia las yuntas y manadas de cabras, y preguntaba de nuevo: ¿de quién son? Del rey D. Viso, y repitió: en algun tiempo me quiso. Llegan á una posesion, y piden posada para dos pobres señores; — yo no dispongo de eso, dejen Vdes. que venga el aperador. Este, que estaba amaestrado para servirles la comida sobrante de la suya como á pobres, despues de hecho esto, les dió que podian recogerse en un rincón adonde echarian una poca de paja para que estuviesen mejor. Pues señor; ya quedando en esto, entró el conde á decir al aperador: — Aquí lo que se va á hacer es que yo me voy á marchar á la corte, y voy á traer modistas y telas para que le hagan trajes á esa señora, que es una princesa, y yo me voy á casar con ella; pero, hasta que yo venga, que esté tratada como una mendiga.

El aperador, así que llegaron las modistas llamó á la princesa, y le dió: señora, mi amo ha mandado telas y modistas para que se vista Vd. como merece, y pueda parecer tan hermosa como es. — Ande Vd., yo estoy bien. — Nada; tiene usted que venir á la sala, adonde están las modistas preparadas. — Señora, le dijeron, vamos á hacerla á Vd. unos vestidos de Reina. Efectivamente, con aquellos vestidos tan hermosos ya no se parecia á la mendiga de antes. Se presenta el rey, en quien ella reconoció á D. Viso, y le dió: — Dí, ¿qué es esto que ha pasado? Entonces le contó el rey, que la habia hecho sufrir tanto, en venganza de la vergüenza que le habia hecho pasar; pero que la queria muchísimo, y que allí tenia los coches para conducirla á su palacio, siendo á poco la esposa del rey D. Viso. Celebrada la ceremonia, dieron parte al rey su padre de que no la buscaba, que estaba en su palacio, y casada con el rey D. Viso, y le pidieron perdon por haber salido de palacio de la manera que lo hicieron. El rey quedó muy complacido de ver á su hija casada con el rey D. Viso, y ya tranquilo y contento por saber su paradero, y estar casada como su padre deseaba y pronta á tener sucesion, quedaron, por lo tanto, perdonados y felices.

Por la copia y notas,  
ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

## Advertencia

La persecucion de que es objeto el Director de *El Progreso* y de *LA AMÉRICA*, D. Andrés Solís, ha retrasado ocho dias la salida de este número.

Queda encargado interinamente de la direccion de esta Revista D. Carlos Malagarriga.

(1) El cuentista decia casi siempre, el conde en vez del rey.

MADRID:

Imprenta de *El Progreso*, á cargo de B. Lanchares, Soldado, 1, duplicado.

(1) Este cuento fué contado á mi madre por la referida maestra de Llerena. Corresponde al inserto en la citada coleccion de Pitre, con el título *Lu pappagaddu chi cuenta tri cunti*, y es por todo extremo curioso, habiéndose ocupado en él el distinguido profesor de Sanskrito y docto-rector de la Universidad de Pisa, Sr. D. E. Teza.

(1) Este cuento fué recogido per mi madre en una casa de vecindad en Llerena. Corresponde este cuento al núm. XLIII de la coleccion de F. Adolpho Coelho, «Contos portugueses», véase tambien la nota que pusimos á la traduccion que hicimos del prefacio de las obras del célebre mitógrafo portugués, inserta en la *Enciclopedia* de Sevilla.



